

ELÍAS EL HAGE

HISTORIAS AL PASO

100 RELATOS BREVES
DE LA ALDEA GLOBAL

CON ILUSTRACIONES DE
ANDRÉS LLANEZAS



 INDEPENDENCIA
EDITORA



Fotografía crédito Elizabeth Chernischuk

Elías El Hage nació en el ascensor del Sanatorio Tandil en 1961. Es escritor y animador radiofónico. Tiene publicados catorce libros, entre los que se destacan *Esperando al señor Nostradamus y otros cuentos*, las *Crónicas del Pago Chico*, *Gran Serrano*, el radioteatro *Un amor entre los tilos*, y los textos teatrales *Monólogo del cornudo.com*, *Y la estatua de Fugl habló* y *Lo que mata es el viejazo*.

Ha escrito y publicado los ensayos *La Piedra viva* y las *Memorias del Bar Ideal*. También fue contratado para la investigación y escritura de libros institucionales como *La Usina, crónica de una epopeya (1936-2016)*, *90º Aniversario de la Cámara Empresaria, Tandil*, *El Libro de Oro* (vida cotidiana de la ciudad 1823-2010) y *Cien años del Mundo Rojinegro*, ensayo histórico editado por el Club Independiente para su centenario.

Desde hace catorce años conduce el ciclo radial "Le acompaño el sentimiento". Actualmente escribe en su sitio web www.eliaselhage.com.ar y prepara el libro *Relatos secretos*, una saga de veinte historias nunca contadas.

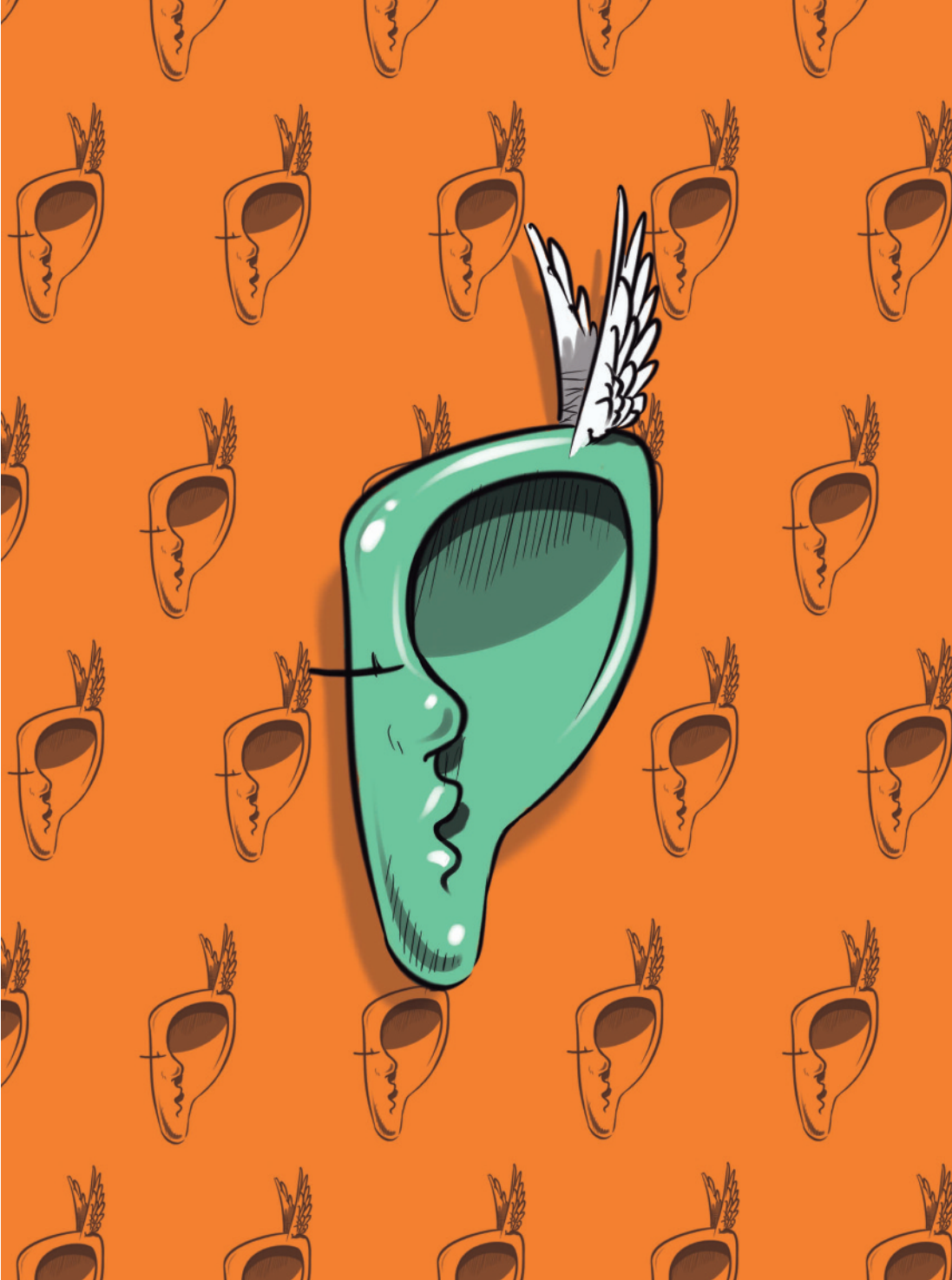
Elías El Hage

HISTORIAS AL PASO

100 relatos breves de la aldea global

 **INDEPENDENCIA**
EDITORA





A mí me han criticado mucho mis paisanos que cuento mentiras, que no hago historia, o que todo lo que platico o escribo, dicen, nunca ha sucedido y es así. Para mí lo primero es la imaginación; dentro de esos tres puntos de apoyo de que hablábamos antes está la imaginación circulando; la imaginación es infinita, no tiene límites, y hay que romper donde cierra el círculo; hay una puerta, puede haber una puerta de escape y por esa puerta hay que desembocar; hay que irse. Así aparece otra cosa que se llama intuición: la intuición lo lleva a uno a pensar algo que no ha sucedido, pero que está sucediendo en la escritura. (Juan Rulfo).

Nuestra risa es siempre la risa de un grupo. A lo mejor ha escuchado usted alguna vez, en un vagón o en una mesa común, a unos viajeros contándose historias que debían de ser cómicas para ellos puesto que se reían con ganas. Se habría reído como ellos si hubiera formado parte de su sociedad. Pero al no ser así, usted no tenía ganas de reír. Un hombre al que le preguntaban durante un sermón por qué no lloraba como todos los asistentes respondió: "No soy de la parroquia". Lo que ese hombre pensaba de las lágrimas sería mucho más cierto en el caso de la risa. Por mucha franqueza que se le suponga, la risa esconde una segunda intención de entendimiento, e incluso de complicidad, con otras personas que ríen, reales o imaginarias. ¿Cuántas veces se habrá dicho que la risa de los espectadores, en teatro, es mayor cuanto más llena está la sala? (La risa, Henri Bergson).

A Mariquita Musa o
A la musa de Mariquita, mi mamá.

Prólogo

Este libro es una casualidad, como las cien historias breves que lo constituyen. Son relatos cortos que pesqué en el vuelo de la realidad por uno de los pocos atributos que traigo de fábrica: tener el ojo atento, el oído sensible y la palabra inquieta.

Naturalmente, he pasado mucho tiempo buscando una gran historia para contar, pero suele ocurrirme que buena parte de las ficciones que he podido llevar al papel están hechas de episodios mínimos, como si me empeñara en escribir el deslizamiento de una gota de agua sobre el vidrio y no la lluvia unánime o la ola de un mar encrespado. Durante un buen tiempo escribí decenas de relatos breves en mi red social de Facebook. Cuando quise acordar los posteos habían mutado de categoría y tenía este libro en la imprenta. A propósito, celebro que una editorial de nuestra ciudad, como lo es Independencia Editora, me haya convocado para publicar este libro, cerrando el círculo virtuoso de pertenencia en cuanto a que está escrito, ilustrado, impreso y editado íntegramente por gente de Tandil.

Carente de toda pretenciosidad literaria, reinventando el axioma de pintar la aldea para contar el Universo (y eso que Tolstoi vivió en un mundo sin internet), expreso un único deseo: que durante un par de horas el lector disfrute de estas historias mínimas que escribí con un ojo puesto en la calle, en los bares, en los febriles mentideros del empedrado, y el otro en mi biblioteca, con la ayuda de algunos libros de autores amados a los que siempre regreso.

Elías El Hage
Diciembre de 2018

1. Viejo en la vereda

El viejo avanza, firme por la vereda del Banco Nación. La señora, quien se ve que lo conoce de hace tiempo, lo saluda. “¡Don José! ¡Qué bien se lo ve!”, le dice, e ignora que compuso en el acto un involuntario saludo con rima. El hombre asiente, la mujer le pide la receta para exhibir tan buena salud: “Mandar a la mierda al primero que me joda”, dice el viejo. En efecto, se lo nota impecable. La señora enmudece, como si de pronto sospechara que el viejo hará lo propio con ella. De golpe le suena el celular adentro de la cartera. “¿Ve?”, dice el viejo y agrega: “Al primero que mandé a la mierda fue al teléfono celular... y eso me ahorró el trabajo de mandar a la mierda a todos los que me llamaban”.

2. Balizas

La mujer puso las balizas para estacionar pero el que venía detrás no la vio y le frenó encima. La mujer tuvo que esperar que el otro la esquivara para poder acomodar su coche en la fila. Se bajó entre confundida y perpleja y vio que un hombre que había observado toda la maniobra parado en la vereda le decía: “Tranquila, no te vio”. La mujer repitió aún atónita: “No me vio...”. El hombre muy seriamente le dijo: “Sí, es increíble, pero no te vio. O el tipo es ciego o lo encandilaste”. La mujer tardó tres segundos en reaccionar ante la sutileza del piropo. Sonrió como sorprendida: en el manicomio a cielo abierto de las callecitas serranas alguien le había dedicado una galantería inesperada para luego perderse entre el gentío.

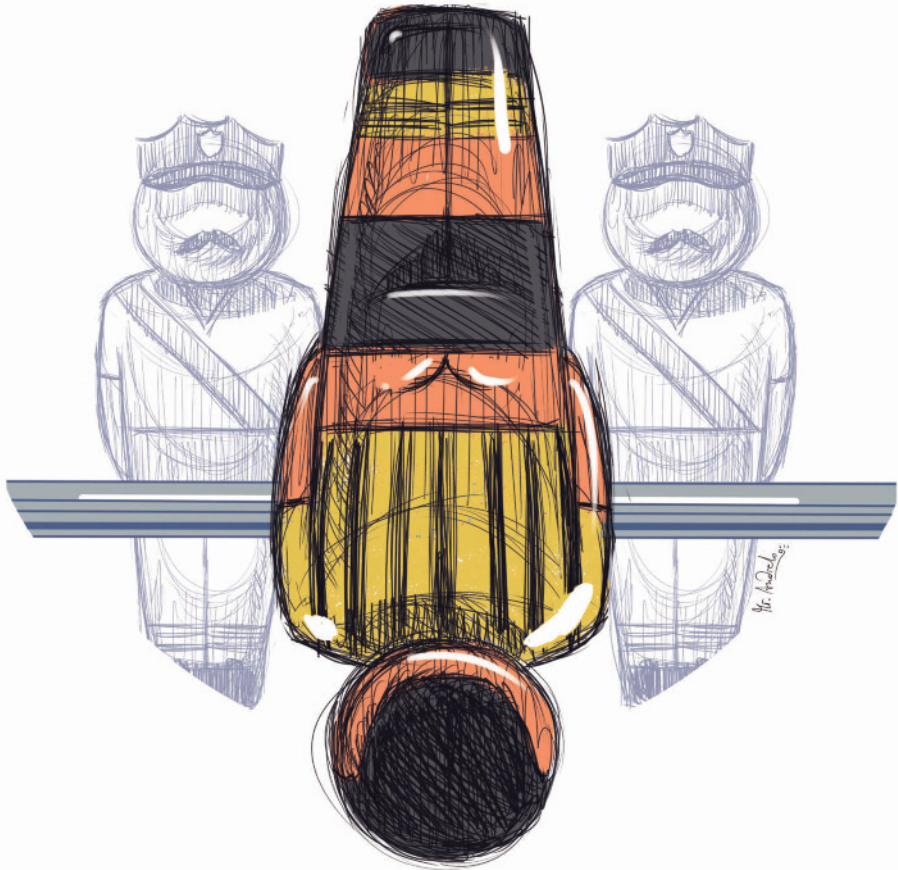
3. Inspiración

Se estima que aquel domingo Sansón no estaba del todo seguro y le falló la inspiración. Ese fue el argumento escuchado en el Bar Campeones cuando un parroquiano recordó el episodio de 1977. Ocurrió en el Estadio San Martín y el gigante lo protagonizó junto con Pablo Viana. Se habían convertido en amigos del fulbito y de la cancha. Sansón atendía el negocio de los jueguitos electrónicos de calle Pinto —flippers y metegol— y Pablo era cliente del lugar. A pesar de que físicamente eran muy distintos, ambos se habían consagrado por la audacia para colarse al Estadio. Cada domingo burlaban la vigilancia policial a la hora de saltar la altiva reja que los separaba de la cancha. El acto era ejecutado durante los 45 segundos que tenían para tomar carrera, treparse a la verja que estaba a un costado de las boleterías —detrás de la antigua tribuna de madera— y pegar el salto al otro lado, antes de que volviera a pasar el Gordo Puchi, el policía que patrullaba el lugar. Pero aquel lunes Sansón salió en la foto del diario *El Eco* con la punta de la reja clavada a la botamanga del pantalón, colgando cabeza abajo, con su metro noventa y sus 110 kilos expuesto

a la burla de los vecinos. El sargento Puchi aparecía a su lado, como exhibiendo un trofeo de guerra.

Muchos años después recordé la refutación a la inspiración del escritor Abelardo Castillo: *No creo en la inspiración. Poe ya explicó para siempre el malentendido que encierra esa palabra. La inspiración fue un invento de los poetas románticos del siglo XIX, y muchas veces es sólo una coartada: un modo de no aceptar los absurdos, los titubeos, las casi vergonzosas indecisiones que preceden a la construcción de una obra de arte.*

Colarse al Estadio con el intrépido salto de la alta reja que daba a la Avenida Rivadavia se había consagrado como un hecho artístico para los dos amigos. Ese día lo que falló no fue la inspiración en la extraña agilidad del gigante Sansón, sino el segundo de indecisión, de duda. Hasta para tomar carrera y cruzar una reja de dos metros hay que sentir la convicción con que los dioses nos arrojan hacia nuestro destino.



4. El otro Virgilio

Sabemos que el poeta romano Virgilio aparece de guía del Purgatorio y el Infierno en *La Divina Comedia* de Dante Alighieri. Pues un segundo Virgilio, José Virgilio, replicó aquel martirio en su versión terrenal durante no menos de veinte años cumpliendo una actividad que luego las redes sociales extinguieron. El infierno de nuestro Virgilio, que trabajaba para el diario *El Eco*, tenía que ver con una inexplicable pasión lugareña: el imán por las necrológicas. Virgilio no sólo las escribía sino que debía elaborar el trabajo de campo previo: cada semana con el listado de las pompas fúnebres iba por las casas de los muertos, apuntaba con sincera compasión el trazo biográfico del extinto que le aportaban los parientes, a la vez que se hacía de la fotografía de papel que ilustraba el obituario. Era un trabajo insalubre y kafkiano que Virgilio con los años naturalizó de manera automática. Su jubilación coincidió con el nacimiento de las redes sociales que —al menos en la cuestión gráfica— resolvieron el incómodo problema de tener que ir por la fotografía del muerto. Virgilio no dejó epígonos, pero los diarios siempre debieron contar con algún integrante menor de la redacción que fuera en búsqueda de la

biografía de los muertos sin cuentas en redes sociales, un estimativo del 30% de la población.

Aún se evoca —y por piedad corporativa de prensa se pretende que la historia quede como una leyenda urbana— la primera y última aproximación a esta tarea de un novel cronista. El diario lo envió a una calle remota y sin número del barrio Fatica. Llegó no por el GPS de su automóvil sino debido al único navegador verdadero: la voz de los vecinos. No sabía nada del muerto y cuando tocó la puerta una mujer en deshabillé lo hizo pasar. En la radio sonaba el tango “Rencor”. Sentado a la mesa de la cocina anotó el nombre del difunto. Supo por su viuda que se había llamado Omar, que se habían casado hacía 43 años, que había sido visitador médico, hincha de River y de Santamarina, y que coleccionaba estampillas. Buen amigo, entrañable abuelo, respetado vecino. Pero el cronista, dando por concluida su visita, cometió un paso en falso, una indagación innecesaria. Le preguntó a la mujer cómo iba a recordar a su marido. La viuda, sin dudarle, contestó: “Como el más grande hijo de puta que conocí. Ponelo con todas las letras, pibe”, dijo. Naturalmente, Virgilio hubo uno solo.

5. Licuado mata duende

Desde la mesa del Bar Golden los parroquianos tienen una vista inmejorable de una escena cotidiana. Ven dos negocios: uno pegado al otro. El primero vende duendes. El segundo licuados y jugos. No hay competencia posible, sin embargo desde hace meses está ocurriendo un hecho de imprevisibles consecuencias. El vendedor de duendes asiste a una derrota catastrófica para su ego. Por cada duende que vende, su colega vende 150 licuados. No hacemos aquí proyecciones sobre la rentabilidad de uno u otro producto. Comparativamente el local del vendedor de duendes es tres veces más grande y con entrada de galería. A su lado, con dos metros de frente por tres de fondo el sucucho de venta de jugos y licuados no podía aspirar a mucho. Sin embargo, superado el momento de la moda, se ha convertido en la sensación del centro. Desde que se instaló, esa bebida adolescente —el licuado— recuperó su brillo y popularidad. Un alquiler de lástima y dos empleados que no dan abasto están desequilibrando la balanza comercial de la cuadra. Ya cayó derrotada la poderosa franquicia Café Martínez, una boutique y una zapatería a quince metros del epicentro líquido de la prosperidad. Los

parroquianos del Golden reparan en los sutiles cambios físicos y gestuales del vendedor de duendes. Resulta ostensible la humillación por efecto de la apatía que sus criaturas mitológicas reciben a diario. De nada sirve lo que se dice de los duendes: que limpian el aura de las personas, que son comandados por ángeles y su misión es cuidar a los hombres. Es más, hay un duende en la vidriera cuyo semblante pareciera estar derivando a cierta inquietante monstruosidad, lo cual no deja de ser un fenómeno extraño. Un tipo del Golden lo bautizó como el duende Robledo Puch. Es que un duende iracundo no es cosa frecuente. Se presume que eso contagia el aspecto del vendedor de duendes. Tal vez no haya leído al pesimista filósofo rumano Emil Ciorán cuando decía que “la vida es exudar bilis”. Porque para colmo no se conoce que los licuados y los jugos produzcan reflujos y acidez.

6. Pendevie pelotude

El hombre se baja del auto y recita como si estuviera respondiendo un test: “No me gustan los tatuajes, no me gustan los piercings ni soporto el lenguaje inclusivo. ¿Entro de una al club del viejochotismo?”. Le digo que sí, que acepte su condición con dignidad, sin perder el esplendor y sin imposturas. Y le cuento algo que acabo de ver: un nabo importante de 68 años que en la cola del supermercado intentó hacerse el pendeviejo hablándole a la joven cajera en lenguaje inclusivo. Todavía le deben doler los oídos porque un tipo de fama sarcástica que estaba detrás de él le dijo: “¡Toda la vida pensé que vos eras un pelotude y tenía razón!”.

7. Bon o Bon

En este tiempo el fútbol y la aventura amorosa son los últimos lugares donde ocurre la épica. El ingeniero Gutiérrez, que no disfrutaba de la pasión futbolera, creyó enamorarse súbitamente de la cajera de un conocido supermercado. Era una morocha delgada, de ojos marrones y labios carnosos. En una mesa del Bar El 17 donde tomaba el vermú con parroquianos de su amistad, concibió la Operación BB. Resumiendo: pasó cada día por la misma caja, la de la atractiva morocha, aun debiendo padecer la espera que le provocaba una larga fila de gente. Se valió, además, de ciertas argucias. Por ejemplo, racionalizaba las compras para ir más seguido, es decir de lunes a viernes. Y hasta los sábados. Un día le sonrió. Otro tarde le agregó un tímido saludo mientras ella introducía el paquete de yerba y el sachet de leche en la bolsa. A la semana siguiente se atrevió a comentarle lo frío que estaba el tiempo. Estas digresiones meteorológicas eran simples anzuelos de conversación que arrojaba Gutiérrez. Siempre recibió de la cajera una sonrisa simétrica, calcada, perfecta en su longitud, pero quizá dibujada con un sesgo automático. Hasta que cum-

plido el mes, el ingeniero ejecutó la segunda fase del Operativo Bon o Bon.

Llegó a la caja con el paquete de yerba y el sachet de leche. La morocha los embolsó y tecleó el importe. Luego extendió el ticket sobre su enamorado, quien pagó la cuenta e hizo dos pasos hacia adelante simulando irse. Pero Gutiérrez, soltando un breve carraspeo, retrocedió y extrajo del bolsillo del saco un chocolate Bon o Bon. Luego lo deslizó, sonriendo tímidamente, a centímetros de las manos de la mujer, mirándola con intensidad a los ojos. Ninguna dama se resiste a la tentación de un chocolate, había evaluado a la hora de concebir la estocada final. La cajera tomó el Bon o Bon, viró la cabeza hacia la góndola de las golosinas donde una compañera de trabajo estaba acomodando la mercadería y gritó:

—Che Susana, ¿a cuánto están los Bon o Bon?

Ladislao Anselmo Gutiérrez palideció. Sobreponiéndose al involuntario desaire, buscó otra vez la billetera y pagó el fallido regalo. Dicen que entró al bar con lágrimas en los ojos. Pero llovía y uno nunca sabe.

8. Martínez

Si una renombrada cafetería foránea desembarca en la ciudad, abre una sucursal atractiva y moderna, pero en su primer día de atención al público su encargado no deja entrar a los chicos del Taller Protegido a vender sus flores, algo no empezó a entender del lugar donde vino a hacer negocios. Naturalmente, un año después de este miserable episodio, la franquicia Café Martínez cerró su local y se despidió de la ciudad.

9. Pasado

Era un sucucho donde hoy funciona el recinto del cajero automático del Banco Provincia de calle Pinto. Ahí atendía el barbero sacamuelas. En las primeras décadas del 20 y el 30 aún no había llegado la anestesia al pueblo, de modo que para enfrentarse a una extracción había que tener temple. Un trapo ensangrentado colgado de un fierro en la vereda informaba que adentro estaba por ocurrir lo peor. El barbero tenía dos grandotes ayudantes que sujetaban, uno de cada hombro, al pobre diablo al sillón. Segundos antes de la ejecución le daban algo fuerte para que tome. Después el barbero sacamuelas anudaba un hilo de acero de la pieza dental herida de muerte al picaporte de la puerta del local. Luego, sin avisar, manoteaba el picaporte y abría la puerta bruscamente. Del tirón la muela salía eyectada de la boca, como el pavoroso alarido de dolor del paciente. Al escuchar el horroroso grito algunos vecinos que ocasionalmente pasaban por ahí se santiguaban por misericordia. Diez minutos tardaba el hombre en recuperarse, derrumbado sobre el sillón. El poeta griego Homero, que vivió en el siglo VII antes de Cristo, escribió el aforismo *Dejemos que el pasado sea el pasado*. La sentencia es tan certera como la ostensible metáfora de que no todo tiempo pasado fue mejor.

10. Bordó y la realidad

Veo estampada sobre la vidriera en grandes letras que parecen haber perdido el último fulgor de dignidad ante el fracaso la expresión “LIQUIDACIÓN POR CIERRE”. El comercio se llama Bordó. Afuera un matrimonio consulta los precios a través del vidrio. El hombre me pregunta si pienso escribir sobre la crisis. Le digo que no porque Bordó no me inspira nada en especial, sólo la pena por este final infeliz que seguramente dejará algún desocupado más en la calle. El hombre me insiste para que entre y compre alguna cosa a buen precio, que no deje pasar la oportunidad. Le digo que hacer eso siempre me pareció un acto de aprovechamiento ante la desgracia ajena. “Además si hasta hoy nunca entré a Bordó, no me parece bien hacerlo ahora”, le digo. Y traigo a colación la metáfora de un velorio. Le voy por el lado de la nostalgia fúnebre. “Fíjese si Espartaco, el dueño de Casa García, hubiera puesto en liquidación los ataúdes cuando decidió cerrar la cochería, ¿usted hubiera entrado a comprar un jonca?”. La mujer me mira como si viera a un demente y le dice al marido: “Viejo, andá, si el termo es Lumilagro compralo”. La mortífera realidad, que le dicen.

11. Madre e hija (en el bar)

Eran un calco con treinta años de distancia. La hija y la madre. Ambas rubias y la madre, que ya había pasado los ochenta, estaba de pie sobre su elegancia vital, eligiendo qué mesa del bar iba a ocupar junto a su hija de cincuenta. Pidieron dos cortados en jarrito. Las vi acomodarse el pelo, las vi hablar sin estridencias, imbuidas en ese diálogo íntimo y fraternal de madre e hija en el exacto centro donde estaban ahora: el momento de la vida donde hay vínculos que se funden en un solo lazo, afectos que se imbrican hasta la última molécula por la sangre, por el amor filial pero también —conjeturo— porque ya ambas han entendido todo de la vida y de los hombres, de los hijos y de los padres, del tiempo y del pasado, de los silencios de lo no dicho y de lo que hace tiempo ya se han empezado a decir con esa complicidad, con esa hondura, una en el otoño de su vida y la otra como la dilecta hoja del árbol de las madres. No hay relación más compleja, más intensa, más amorosa y más profunda que la relación de madre e hija, ni gratitud más grande que los secretos dioses les hayan permitido llegar sanas y salvas a esta tarde de noviembre, a esa mesa de café.

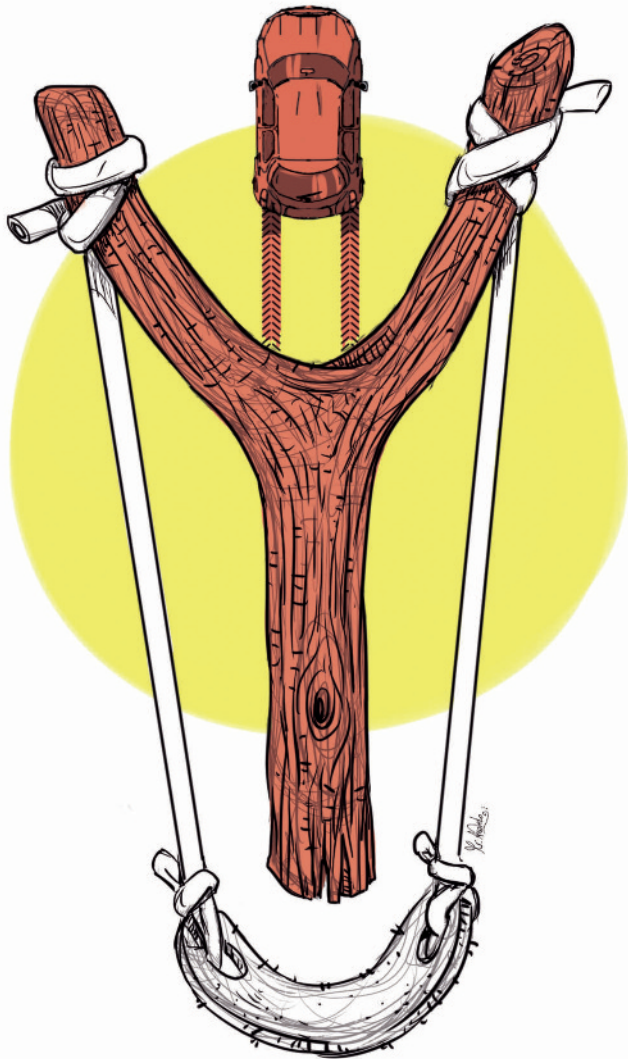
12. Pájaros

Los antiguos habitantes de la Mesopotamia creían que los pájaros eran sagrados porque sus patas dejaban en la arcilla blanda unas marcas que se parecían a la escritura cuneiforme, e imaginaban que si lograban descifrar esos confusos signos, sabrían lo que pensaban los dioses. El dato lo aporta Alberto Manguel en su libro *Una historia de la lectura*.

La contracara de este pensamiento resulta el caso de Jorge Balín Giménez, quien no sólo nunca concibió la idea de sacralidad en los pájaros sino que se convirtió en el más temido francotirador de gorriones de Villa Italia. Su arma iniciática, naturalmente, fue la gomera. Luego derivó a un rifle de aire comprimido de marca Maheli de calibre 5 ½. Cuando se estimaba que había dejado atrás la edad de asesinar pájaros porque sí, como ocurre en la mayoría de los varones tras la adolescencia, Balín Giménez no sólo no abandonó este fervor despreciable sino que aplicó sus conocimientos del tiro al pájaro (nombre que remite a uno de los primeros juegos en los tiempos de la aldea) a los niños de la posmodernidad. La didáctica de asesinar pájaros se

vio entorpecida por las obras de infraestructura que avanzaron sobre los espacios verdes, los cambios de costumbres y los ritos tecnológicos de la infancia digital. Le pareció una mariconada eso de matar pájaros en la pantalla del celular.

El final de Balín Giménez tuvo un signo inquietante. Se mató una tarde en la ruta 74 en dirección a Ayacucho cuando su Ford Fiesta se incrustó contra un solitario camión. Los peritos en accidentes determinaron que el conductor había perdido el control del auto luego de que un chimango que venía volando bajo se estampó contra el parabrisas. Giménez quedó a ciegas por un instante y perdió el control del coche, para luego incrustarse debajo del acoplado del camión. En el informe los peritos no apuntaron (tal vez no las vieron) las huellas del hallazgo en el parabrisas astillado. Sobre el vidrio habían quedado grabadas las patas del chimango en el instante final. Se parecían a las marcas de aquellos pájaros sagrados que vieron sobre la arcilla blanda los antiguos habitantes de la Mesopotamia.



13. Cosas

Consulto la solapa de *Fragmentos de un discurso amoroso*, el libro de Roland Barthes. Crítico, ensayista, semiólogo, fue uno de los pensadores más influyentes de su tiempo. Leo: murió en 1980 atropellado por la camioneta de una lavandería. “*La violencia estúpida de las cosas*” escribiría Michael Foucault en su necrológica. A los pocos minutos, como si un absurdo llamara a otro, me cruzo con un allegado a “José Curá”. Es el personaje de la novela *Minga*, que en 1985 escribió Jorge Di Paola. Curá fue un vecino que veraneando en las playas de Ipanema murió decapitado por un teja que el viento arrancó del techo de una casa. La violencia estúpida de las cosas.

14. Amarillismo

El tema es el reduccionismo: una crónica policial no se limita a la linealidad del hecho ocurrido. Pinta un clima de época, un trasfondo que late entre bambalinas de la historia. Lo policial en sí mismo no significa nada: su fascinación inicial lo produce el dilema a resolver. Un crimen, por ejemplo. Quiénes mataron y por qué lo hicieron. Pero lo verdadero, lo fundamental de una crónica policial describe otro paisaje tan velado y siniestro como el homicidio: descubre el velo de las circunstancias sociales, políticas y morales en el que se produjo, y los modos de los asesinos. La impiedad, el sadismo, el cinismo, la violencia gratuita, el matar (casi) por nada es el verdadero signo de un asesinato. La clave de la tragedia. Por eso desprecio el amarillismo, le dije al movilero de TN cuando llegó al pueblo por el asesinato del joven Jorge Bustamante. Por eso Capote, Walsh y García Márquez no fueron movileros de un canal de televisión.

15. Albañiles

La señora sale de la casa y observa la obra en construcción que se levanta en la esquina de su barrio. Con una mirada —como si ambas vecinas ya cultivaran un lenguaje secreto a partir de los ojos— le pide a la mujer de al lado que le “cuide” la casa de los albañiles. Luego sube al colectivo y se va. Un afilador de cuchillos se asoma por la esquina al son de su chiflo o flauta.

Cuando la mujer sale para que el ambulante artesano le recupere el filo de los cubiertos, el hombre, entre el destello de los chispazos, entona el siguiente verso: *Cantan los albañiles entre el cielo y nosotros / ellos cantan haciendo las casas de los otros.*

16. Caretaje o suicidio

Hace cincuenta años Borges enunció la encrucijada con su estilo quirúrgico: *Figuración o muerte*, escribió. En el lunfardo posmoderno el axioma hoy se traduciría como: “Caretaje o suicidio”. Sin duda por la primera opción tomó un vecino (venido y quedado) que era un completo desconocido hasta que irrumpió en la mundana sociabilidad local con los primeros cacerolazos contra Cristina Kirchner. Ubicado al frente de cada manifestación, luciendo un impermeable blanco, un sombrero, un bandera argentina cruzándole el pecho y batiendo la cacerola, completaba el *physique du rôle* del garca perfecto su encanecida barba candado. Se destacaba, además, su pulsión de figureti con iniciativa: fue el primero en tomar la palabra cuando la multitud se abrazó a la Pirámide de la Plaza Independencia. La palabra patria se deshizo en su boca. No lo sabía pero en el anhelado derrumbe de los Kirchner estaba predestinado su propio final. Hoy al borroso trazo de su caricatura le asiste la muerte del lápiz que la dibujó.

17. Pañales

En el Casino flota una atmósfera sórdida. Hay una galería de personajes perfectamente identificables. Todos parecen perdidos en el extravío ludópata. Hay algo que no puedo precisar —en la expresión, en la forma de mirar, en la manera de pararse frente a la ruleta o de colocar las fichas— que los hace iguales, como paridos por la misma desgracia. Vaya a saber qué pulsión iniciática y letal los llevó por primera vez hasta allí. Al entrar al Casino caminando por una alfombra roja entre luces de neón, resulta inevitable recordar a Fedor Dostoievski, o mejor a su novela *El jugador*. Citemos una sus tantas sentencias plenas de sarcasmo: *Vengan, también hay sitio para los polluelos, el gallinero es grande*. Centenares de hombres y mujeres habitan este sicodélico gallinero en la sociedad del juego disfrazado de entretenimiento. Por lo demás, nadie a quien le guste la música y su forma más excelsa —el silencio— puede estar en ese lugar sin percibir cierto agobio. Todos los ruidos forman parte de la resonancia del azar, en especial si se trata del sonido de las máquinas tragamonedas.

Ahora nos detenemos en una mujer que invariablemente está sola (sospecho que en el Casino hay muy poca gente que luce acompañada). Cada tarde y hasta la medianoche la mujer ha hecho del Casino el living de su casa. Se llama Felicidad. Vaya paradoja, un nombre tan etéreo para quien a los 59 años usa pañales descartables sin ninguna angustia fisiológica o disfunción en su aparato urinario. Ocurre que Felicidad no puede concebir el hecho de tener que abandonar un instante la máquina tragamonedas para ir al baño. Toda su existencia se reduce a ese acto, a esa comunión, por decirlo así, entre su biografía y la máquina. Algunas veces gana; otras veces pierde, pero tal vez este hecho sea irrelevante y podamos aplicar la famosa sentencia de Kipling, eso de que la victoria y la derrota son dos impostores. En el secreto pañal que esconde bajo su falda está la cifra de su destino.

18. Leyenda urbana

El personaje exudaba cierto tinte estrafalario. Era de muy baja estatura, afecto a los autos deportivos y dueño de un carácter volcánico. Con lo cual podemos decir que cargaba con la unánime cruz de los petisos. Un complejo sin solución. Vivía en un chalé de doble planta ubicado en una esquina de alto valor inmobiliario. Su insolvencia con el Banco Provincia le costó la vivienda que estaba en garantía. Juzgó entonces que lo último que haría sería entregar la propiedad al banco. A tono con su personalidad, o tal vez con su forma de ver el mundo, el sujeto contrató a una empresa de demoliciones y ordenó la destrucción de su casa. El hombre de la topadora no hizo preguntas. Avanzó sobre la hermosa residencia y en tres días sólo quedaba el apagado murmullo de las ruinas polvorientas ante el estupor de los vecinos. No es frecuente el impropio espectáculo de asistir a la demolición de un flamante chalé, horas después de la obligada mudanza familiar. Luego el banco tomó posesión del inmueble destruido. Al fin de cuentas la tierra conservaba su valor.

Tiempo después un vecino compró el lote y construyó otra edificación aún más bella e imponente que la demolida, a la cual le dio un destino de oficinas de su empresa. Pero dos años más tarde el cartel de venta estampado sobre la fachada sorprendió nuevamente al vecindario. Entre los rumores observados por las comadres del barrio merodeó la versión de que el lugar estaba maldito. Una mujer que pidió reserva sostuvo la creencia de que un gnomo de lentes negros y con un hacha en la mano circulaba por las noches profiriendo insultos de todo calibre. Es evidente que en el barrio aún pervive el fantasma del petiso estafalario demoliendo su casa. Lo cierto es que se trata de una leyenda urbana. El empresario no vende la propiedad corrido por los espectros de una maldición esotérica ni debido a la aparición de ningún ser sobrenatural. Por otra parte, ninguna desgracia le ocurrió al construir y ocupar el inmueble. No sufrió pérdidas de familia, no quebró su negocio, no enfermó de ninguna patología. Simplemente ahora su empresa necesita el dinero de la venta del inmueble. Sin embargo tendemos a creer, o mejor dicho a necesitar, de las mitologías propias del pensamiento mágico. Suele suceder, casi siempre, que la verdad es más llana y acaso por lo mismo más intolerable. O como dijera el Nano Serrat: nunca es triste la verdad. Lo que no tiene es remedio.

19. Últimas palabras

Sabemos que hay quienes postulan que las últimas palabras pertenecen a un canon literario. Se cree que una persona dotada de cierta celebridad, antes de expirar tiene la obligación de enunciar algo importante. Una profunda cavilación por la que será recordada. Leí las últimas palabras de Conrad Hilton, el fundador de la cadena hotelera. En la agonía confundió por sus delantales blancos a los médicos y enfermeras que lo asistían con mucamas de sus hoteles. Y les dio una última y maravillosa orden: *“La cortina de la ducha hay que ponerla del lado de adentro de la bañera”*. En Tandil, lejos del glamoroso Hilton, cuentan que un interesado en el rubro de hotelería entrevistó al último dueño de la Posada de los Pájaros, al momento en que el hospedaje yacía pronto para el epitafio y había perdido su condición de celebridad hotelera. Bajándole aún más el precio al legendario SPA que fundó Ricardo Giovanetti en 1985, propuso cambiar el nombre de fantasía por uno más realista en términos de infraestructura. Utilizó un retruécano del lenguaje a tono con la decadencia del lugar pre-

tendiendo rebautizar a la Posada de los Pájaros como la Pensión de los Chingolos. La idea pereció en el acto como el ya difunto hospedaje.

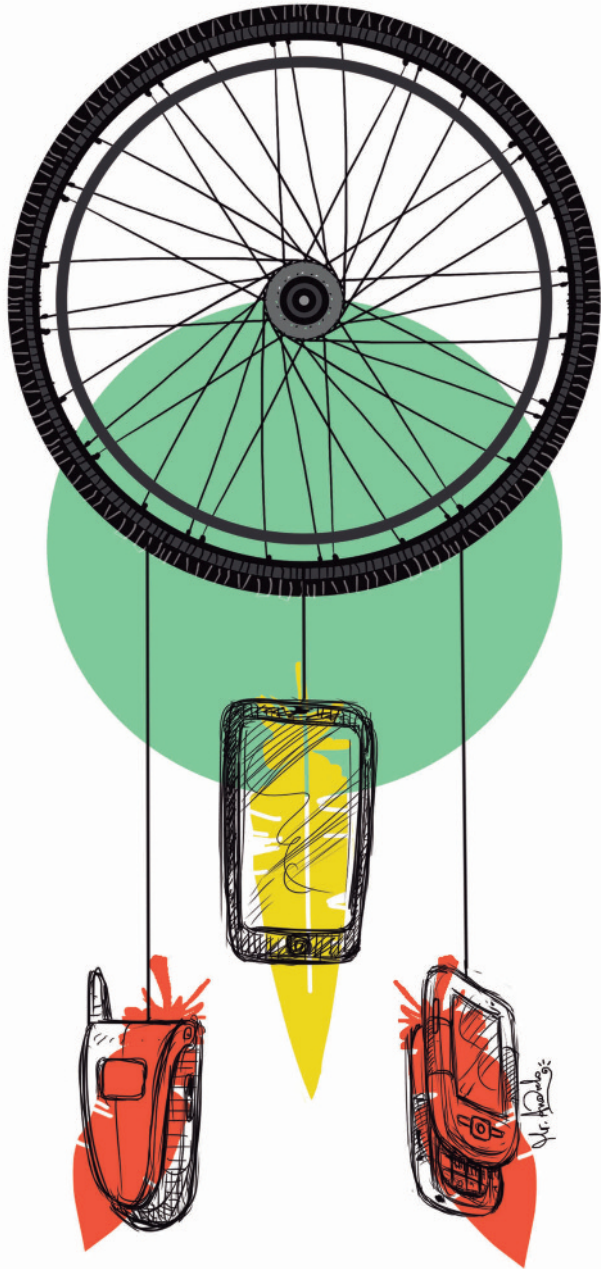
Apunto aquí las últimas palabras de mi padre. Era un libanés que llegó al país a los 24 años y sin un peso, cargando la cruz del inmigrante. En Mashgara, su pueblo natal, mi abuelo lo había hecho trabajar desde los ocho años cargando piedras en una cantera para pagar un aborto involuntario de mi abuela. En Argentina fue alambrador, peón golondrina, capataz de campo, camionero y comerciante. Terminó su actividad laboral con un negocio de lanas en la Galería 9 de Julio. Nunca le demandó nada al Estado, ni dio un discurso sobre la patria, ni se llenó la boca con la palabra república. Cinco días antes de morir reunió a sus dos hijos, uno a cada flanco de la cama, y en su enrevesado lenguaje, mitad árabe y mitad español, al momento de dividir las dos casas que dejó como herencia, dijo lo último que se le escuchó en esta vida: “Baguen los imbuestos”.

En la latente pulsión entre escritura y muerte, bien podríamos cerrar el concepto acudiendo a la cita de Octavio Paz: *Escribo para que la muerte no tenga la última palabra.*

20. Gomero

La gomería El Viejo Matías exhibe en la parte superior de la fachada su artesanal letrero pintado a mano sobre la pared. Se leen las palabras *Gomería* y *Balanceo*, pero en ningún lado aparece el teléfono celular al que se debe llamar ante la urgencia de una pinchadura en caso de que el comercio esté cerrado. “Soy libre, no uso celular”, dice Manuel, el gomero.

La razón no sólo tiene que ver con escapar de la tiranía de la telefonía móvil, es decir con la imposibilidad de vivir sin estar conectado. La decisión del gomero viene de más lejos. De una madrugada en que a las 2 y 45 sonó su teléfono celular. El que lo llamaba era un completo desconocido, o sea un conocido de un cliente suyo. Quien padecía la desdicha de una parálisis. “Lo llamo porque se me pinchó una goma de la silla de ruedas, ¿puede venir a repararla?”, le pidió. Manuel miró otra vez la hora y pensó que era un chiste, pero el hombre insistió. Le dio su celular, su dirección y hasta su número de documento. Tratando de controlarse dijo que no hacía ese tipo de reparaciones. Cortó y volvió a la cama. Le pareció un despropósito que alguien lo hubiera llamado a esa hora para reparar la pinchadura de la goma de una silla de ruedas. En ese mismo momento apagó el celular, lo guardó en el cajón de la mesita de luz y no lo volvió a prender nunca más.



21. Turista

El turista que venía por la Avenida Don Bosco pasó Sierra del Tigre y siguió los carteles hasta donde lo detuvo el silvestre estacionamiento. En letrero de chapa leyó: *A 300 metros Monumento del Cristo de las Sierras*. Bajó de su camioneta Land Rover Defender equipada con malacate, hacha, pala y defensas varias, y miró hacia el horizonte. Atisbó la moderada subida del camino que conducía a la escultura del Cristo de las Sierras. Luego se quitó las zapatillas New Balance, se colocó sus botas de Trekking Salomón como para escalar el Aconcagua, se vistió con los pantalones de media montaña y parka técnica The North Face, se colocó los anteojos Optitech (que también le servirían para la nieve, aunque dedujo por las condiciones climáticas que no había indicios seguros de que nevara en el lugar), buscó los guantes para proteger sus manos, y una vez que estuvo listo para emprender la expedición le dijo a su señora que ya era de comenzar la trepada. Quince minutos de un ascenso módico lo separaban del segundo Cristo de la ciudad, pero su mente de turista ya funcionaba en modo de andinista de altivas montañas. Mientras se alejaba volvió a recordar el desafortunado que suelo aplicar a la definición del turista: *Sujeto que decidió suspender su vida real por un tiempo limitado. Ser proclive a felicidades efímeras y papelones sólo imperceptibles para sí mismo. A menudo abusa de la oralidad altisonante y del uso de sanitarios desconocidos. Forma menor del viajero.*

22. El Zorro

Sólo estimábamos aplicable a la ficción aquella fantasmagórica escena de Guy Williams, de civil, entrando al Bazar Zabel de la mano de Juan Vicente Martínez Belza (Juancho) una tarde de 1978. La historia me fue revelada cuarenta años después por una empleada del bazar. Williams aceptó firmar autógrafos para los niños en el interior del negocio a cambio de unos pesos (no se pudo saber cuántos) que le pagó el comerciante. Por su parte, Belza agotó el stock de sables, capas y antifaces que había comprado a su proveedor de Capital Federal cuando se enteró de la llegada del héroe más perfecto que produjo Walt Disney a lo largo de toda su historia. La serie invencible. Cuando llegó a Tandil, Williams había cumplido los 52 años y era la estrella invitada del circo español Real Madrid. Tenía unos pocos kilos de más, el pelo algo encanecido, pero conservaba intacta su magia en blanco y negro. En el epílogo de la función se batió a duelo con el joven actor Fernando Lúpiz, quien cumplía el rol del comandante Monasterio. Una vez que El Zorro derrotó a su partenaire, procedió a quitarse el antifaz ante el deliro y la ovación del público. Hilando muy fino, la concesión de Williams en el Bazar Zabel es la única mancha que podríamos encontrar en toda la impecable trayectoria del romántico justiciero Diego de La Vega.

23. Encamada

Viaja al museo de las palabras perdidas una locución potente como su propio significante, la palabra *encamada*. Ya casi nadie apela a ella. La han suplantado con liviandades menores como *fifar*, o paupérrimas en su uso como *ponerla* y otras vulgaridades por el estilo. Pero ninguna puede superar el énfasis imponente de la palabra *encamada*. Decirla con toda la voz, sentir cómo se dibuja en la boca, con sus muchas vocales que le dan fuerza en su extensión al pronunciarla. Sé que no tiene el brillo fífi de lo tenue, y tal vez su ocaso sea análogo a la palabra *amueblada*, que murió hace ya por lo menos veinte años a manos del vocablo del lunfardo *telo*. Gloria y loor a esa palabra en agonía que las nuevas generaciones prácticamente ignoran.

24. La novia de Aldosoro

Alguna vez se deberá analizar —si es que aún no se ha hecho— el perfil psicológico del bromista. Tal vez no se haya estudiado a fondo cuál es la pulsión irreprimible que lo lleva a actuar y por qué cree que el chiste bajo, o la burla al otro, forma parte del humor. Marcelo Tinelli ha sido el factótum de este género que confunde gravemente lo que es un arte, el humor, con un hobby banal que podríamos denominar como un fervor argentino: la burla.

En 1996 se celebró el juego final de una edición más de los Torneos Bonaerenses del Deporte en Mar del Plata. Acudió por nuestra ciudad el profesor Eduardo Aldosoro, quien era el Director de Deportes del Municipio. Como suele ocurrir, la noche de la despedida fue ocasión de festejos entre los profesores de la Educación Física. Aldosoro, a tono con su edad y su recatado estilo, prefirió quedarse en el hotel y no participar de la tertulia. Un boliche de la Feliz fue el epicentro de la fiesta que se extendió, con baile incluido, hasta la madrugada. Una mujer de vestimenta audaz y habituée de las clásicas discotecas de la Avenida Constitución, captó la atención de un joven profesor de Educación Fí-

sica, oriundo de la ciudad de Olavarría. Era espigado, atlético y nadie conocía el otro lado de su personalidad: la de burlador crónico. Magnetizado por la sensualidad de la muchacha, el profesor se acercó hacia ella. Bailaron cruzando las primeras palabras. La mujer le preguntó el nombre, a lo que el tipo respondió con total naturalidad:

—Me llamo Eduardo Aldasoro y soy de Tandil.

Vivieron un romance furtivo y torrencial pero a la semana el Aldasoro apócrifo desapareció de la escena. La mujer, atravesada por los demonios del amor, recordó que el tipo le había contado la ciudad en la que vivía. Tal vez haya recordado —o no, pero es lo mismo— el verso de la poeta norteamericana Emily Dickinson: *Todo lo que sabemos del amor es que el amor es todo lo que hay*. Entonces no lo dudó. Fue hasta la Terminal de Ómnibus y subió al micro de El Rápido. Tres horas después un taxi la dejó en el Palacio Municipal. Caía la tarde, esa hora donde el Municipio se parece a un desierto de gravedad cero. La mujer tocó el timbre de la Secretaría Privada y esperó que alguien saliera a atenderla.

Un hombre mayor, cuya fisonomía se asemejaba a una extraña alquimia entre John Wayne y Homero Simpson, abrió la puerta. Encontró a una mujer de minifalda, un trazo

de rouge intenso en los labios, el breve abismo en el escote de la remera y botas negras.

—Buenas tardes, señorita. ¿Qué necesita? —le preguntó el teniente coronel Julio Zanatelli.

—Estoy buscando al profesor Aldasoro —contestó ella.

—No, en este momento no está en el Municipio... ¿usted quién es?

—Yo soy la novia de Eduardo Aldasoro —dijo muy oronda la mujer.

El rostro de Zanatelli se petrificó en una mueca de atonamiento, como si el flujo de sangre a su cerebro se hubiera interrumpido de golpe.

—¿Cómo dice? —balbuceó el jefe comunal.

Media hora después Aldasoro sintió que estaba sentado en una silla eléctrica frente al escritorio del intendente. Perplejo, vio que la desconocida lo miraba como si fuera su abuelo. Cuando la mujer volvió sus pasos hacia la Terminal de Ómnibus, Zanatelli observó a su funcionario que seguía paralizado sobre la silla. Entonces lanzó el reto socarrón con que dio por cerrada la historia.

—¡Aldasoro! ¿A usted le parece a su edad estar poniéndose de novio!

25. Mandarinas

La mandarina salió volando por la ventana empujada por la mano que la arrojó y el grave insulto que acompañó su vuelo. La mandarina a medio pelar rozó la cabeza de una señora que justo en ese momento pasaba por la vereda, de tal modo que el último eco del insulto: “Me cago en el frutero...” y la propia fruta se estamparon al unísono contra el árbol providencial, y se escuchó el golpe seco de la mandarina que cayó muerta en el cantero. “Disculpe, señora”, dijo el señor de la casa asomándose por la ventana. “¡Me quiere matar de un mandarinazo!”, se quejó la mujer.

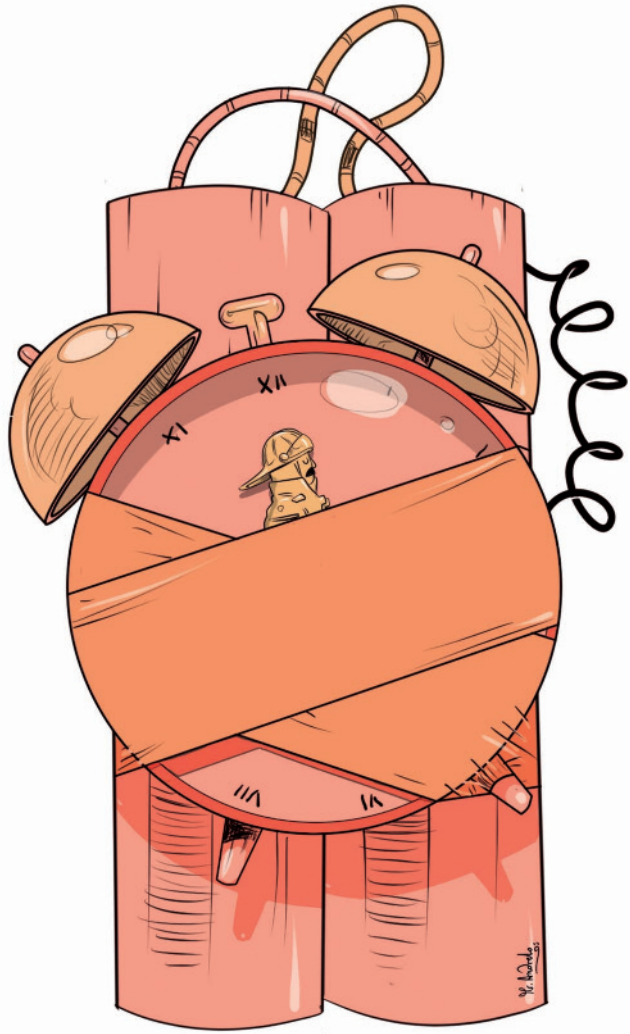
El hombre intentó explicarle el sentido de su furia. Había comprado un kilo de mandarinas en una frutería para mayoristas de la Avenida España donde cada vez compran más los minoristas como él, porque la fruta es más barata. Pero había estado quince minutos (¡quince minutos!, dijo con los ojos rojos de la impotencia) tratando de pelar esa mandarina del ojete (perdón por el exabrupto, señora), sin poder terminar de sacarle la cáscara que parecía pegada a la piel de la mandarina. Porque eso es lo que revela a la

mandarina de los pobres, donde la cáscara, señora, la cáscara es como un blindaje, está pegada como con cemento y te hace doler los dedos porque no terminás jamás de pelarla de tan finita y jodida que es esa cáscara inmundada, y ya cuando te la vas a comer la mandarina es solo una cosa amorfa que chorrea jugo, si lo tiene, y en ese momento, señora, disculpe, me harté y revoleé la mandarina de 25 pesos y la madre que lo remil parió al gobierno y al frutero que no me dejó tocar la mercadería.

26. Cenizas quedan

A los 31 años Albert Camus escribió: *Existe un hecho evidente que parece enteramente moral: un hombre es siempre presa de sus verdades. Una vez que las reconoce, no puede apartarse de ellas. No hay más remedio que pagarlas.*

Tal vez este pensamiento haya rondado los últimos veinte años de vida de un exbombero de apellido Aira. Fue el hombre que en 1998, en su rol de experto en explosivos del Cuartel de Bomberos de Tandil, armó subrepticamente una bomba, la colocó en un baño de la Clínica Modelo y luego él mismo corrió a desactivarla. Salió en los diarios como un héroe local, pero de naturaleza efímera. A los tres días el jefe del cuartel descubrió el ardid y le dieron de baja de la fuerza. Pocos saben cómo siguió su historia. Cubierto por el bochorno se fue de la ciudad. Cuando debió explicar lo ocurrido, dijo que había actuado por despecho: cada día recibía la implacable burla de sus compañeros. Cargaban las tintas con que había hecho un curso de explosivos de gusto, puesto que en Tandil jamás nadie pondría una



bomba. Respondió a la mofa que lo humillaba con un acto descabellado pero que representaba su forma moral de entender una profesión de riesgo. A su modo creyó que se había jugado la vida desactivando el artefacto que él mismo había concebido. Las esquirlas del papelón lo desterraron a Buenos Aires. Murió treinta años después. Dejó un último deseo: que sus restos fueran cremados y sepultados en Tandil. Ocurrió durante la primavera de 2018. Ningún servidor público del Cuartel de Bomberos participó del entierro. Aira había cumplido la sentencia de Camus: que un hombre siempre es presa de sus verdades. Y que no hay más remedio que pagarlas.

27. Globero

Supo escribir Platón que la burla y el ridículo son, entre todas las injurias, las que menos se perdonan. Allá por los años 70 un personaje ya olvidado que había perdido su nombre a manos de la actividad con que se ganaba la vida, el Globero, se paraba en la puerta del Bar Ideal para vender sus globos de cumpleaños a los chicos que pasaban por ahí. Pero desde 35 metros, apostado en el primer piso de la ventana del edificio ubicado frente a la Plaza Independencia (lindante con el actual inmueble de la Regional de Anses), Homero Fortunato, le reventaba los globos disparándole con un rifle de aire comprimido. Atónito, el Globero nunca supo de dónde venían los tiros que hacían estallar sus globos y le arruinaban la tarde. Su mujer Teresita, la difunta Globera, prefirió dedicarse a cuidar los autos de la Plaza Independencia antes que andar lidiando con el fantasma del rifle, indómito personaje que cultivó la costumbre de descargar sus bromas pesadas sobre el angélico vecindario de entonces.

28. Cachetazo

El ruido del cachetazo que hizo flamear la cara del maestro de Castellano y Literatura se escuchó en todo el primer piso del Colegio San José. Era una mañana de 1973 y nadie nunca supo por qué esa profesora de matemáticas había abofeteado a su colega en el pasillo. El eco humillante del sopapo atravesó las paredes, retumbó perforando el óxido de los años, la niebla del rencor y el velo mustio del olvido, hasta que se asomó por el hueco de la memoria 45 años después, en la sala de espera del odontólogo:

—Eras muy chico, no entiendo cómo todavía te acordás de eso —le dijo la ya jubilada profesora a al memorioso exestudiante. Al otro lado de la pared el torno del dentista bramaba su agudo rencor. El hombre, que había sido su alumno y testigo sonoro del cachetazo mítico, respondió:

—Me acuerdo porque un sopapo así sólo puede darse por amor.

29. Regalo

Me abstengo de citar la dirección ni de describir ningún detalle en especial, puesto que el texto no persigue el fin de exponer al dueño del negocio al escarnio público. Sí debemos señalar —porque resulta la sustancia del relato— que el rubro se asienta en la categoría de los bazares modernos donde lo que se impone es el regalo. La regalería. Sólo este dato aportamos como argumento en respuesta a los comerciantes del centro, quienes suelen quejarse de que no venden nada. En el mostrador del negocio en cuestión se puede leer un cartel apuntando a los ojos del cliente donde dice: “NO SE ENVUELVE PARA REGALO”.

30. Divinura

Parada en el cordón de la vereda en pleno centro la chica espera para cruzar que la fila de autos amaine. De golpe un hombre mayor de boina y pañuelo campero doblado al cuello frena la rastrojero y le da paso. Sacando el brazo por la ventanilla le dice: “Pase usted primero, buena moza”. No percibo ningún doble sentido ni segunda intención en sus palabras. La chica lo mira y las palabras le salen de la boca como una escupida: “Buena moza tu abuela, viejo del orto”. Una divinura.

31. Máxima

En 1902 el sepulturero del cementerio de Salto (Uruguay) fue denunciado por haberse hecho una casa con la madera de los féretros. Indignados, los vecinos le quemaron la vivienda.

Muy lejos de Salto, veintitrés años después, un negocio de alquiler de mateos que se llamaba “La Movediza” y que llevaba a los turistas por los arrabales del pueblo se convirtió en funeraria. Su primer servicio tuvo un viso trágico: enterró a un muerto que había sido asesinado en un tiroteo en el Puente del Azul. Así nació, en 1925, Alessi y Manna bajo la batuta de Simón Alessi y Alfonso Manna. La segunda generación de la empresa tuvo como bastión a quien se convertiría en una parte constitutiva de cada velorio donde imponía la síntesis perfecta de teatralidad y humanismo, además de haber sido el gran renovador en los usos y costumbres de la cochería. Así fue reconocida durante los ritos mortuorios la presencia de Alberto “Beto” Manna, singularísimo e irremplazable sepulturero. A él se le atribuye la monumental máxima del oficio: “Yo no le deseo el mal a nadie pero todas las mañanas le pido a Dios que no me falte el trabajo”.

32. Cebollas

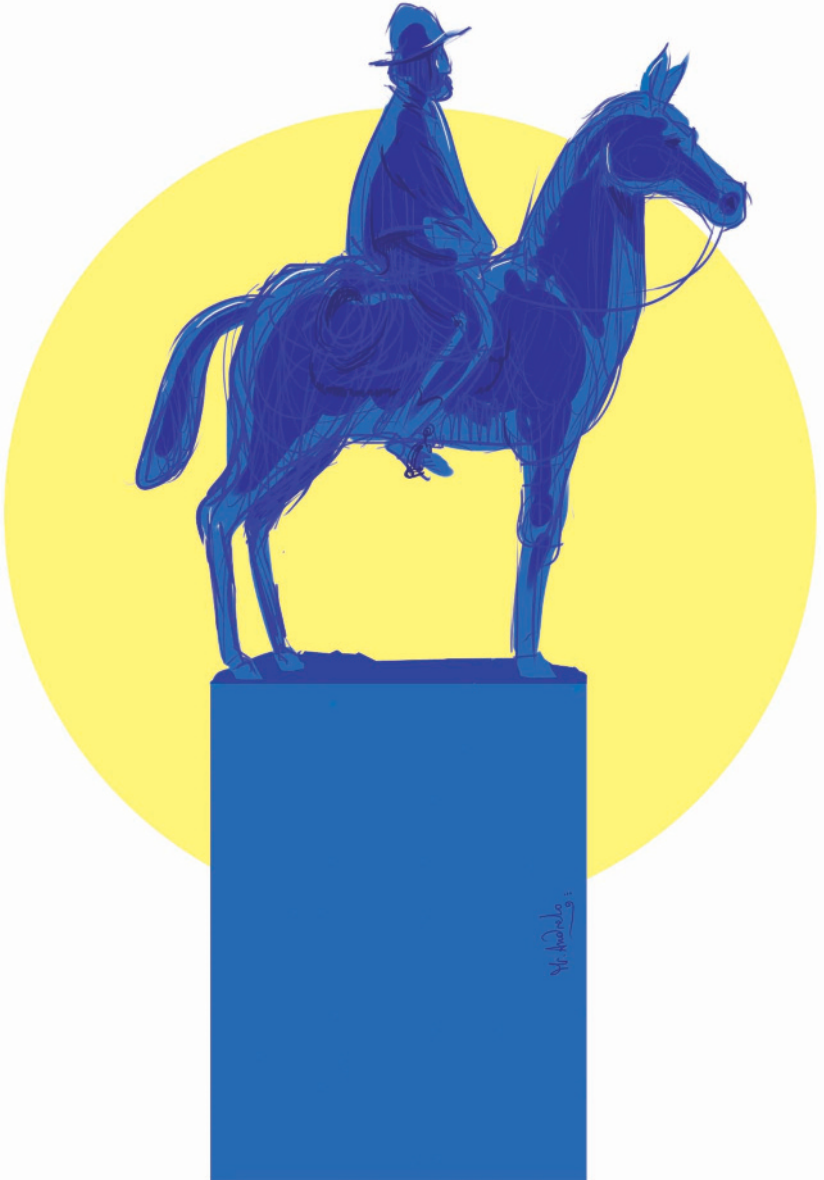
El golpe a la puerta es casi inaudible. El timbre sigue roto pero el que golpeó lo hizo con un toque suave, como para no molestar. Hay golpes y golpes. Por ejemplo, el muchacho que me trae el agua golpea la puerta como para tirarla abajo. Este golpecito es otra cosa. Salgo. Por el vano de la puerta aparece un pibe. No más de veinticinco pirulos. Y dice: “Vendo cebollas, señor”. Me quedo paralizado. Detesto la cebolla. No hubo forma que mi madre ni nadie en el mundo pudiera convencerme. Miro al chico y estoy por decirle eso, automáticamente, que no puedo digerir la cebolla. Memorables comidas han sido arruinadas por la cebolla. Y más si la veo. Y cómo no ver esa bolsa de cebollas colgando de la mano del pibe. Lo miro. Tiene los ojos llorosos como la cebolla cuando se deshace entre las manos, como si todo él, a esta hora de la tarde, fuera un llanto de cebolla por la vida que le tocó. Compró la bolsa. El pibe sonríe, agradece y se va. Sus pasos se desgajan por la vereda. Me acuerdo de Miguel Hernández y sus nanas de la cebolla, la canción de cuna para su hijo. *La cebolla es escarcha cerrada y pobre: escarcha de tus días y de mis noches. Hambre y cebolla: hielo negro y escarcha grande y redonda.*

33. Gaucho

En 1973 fue emplazado el Monumento al Gaucho. La escultura formó parte de los actos conmemorativos del 150º aniversario de Tandil. La realizó el escultor Carlos Allende y su sitio original fue el vértice de la Avenida Espora y la ruta nacional 226. En ese entonces la rotonda todavía era una vispera. El acto oficial no tuvo sobresaltos, pero en la madrugada previa a la inauguración del monumento ocurrieron dos hechos que la historia oficial nunca registró. El primero sucedió a las 4 de la mañana, cuando el Monumento al Gaucho ya había sido situado en el lugar y un gran lienzo blanco lo cubría enteramente. Dos vecinos bajo el reparo del crepúsculo llegaron a bordo de una moto Gilera. Uno prestó los servicios de campana. El otro trepó ágilmente sobre el caballo, se encaramó a la estatua y logró pasar por la cabeza del gaucho una camiseta de Boca Juniors. Cuando terminó la faena volvió a cubrir la escultura. Luego a ambos se los tragó la noche. Nunca sospecharon que alguien a treinta metros de distancia había estado observando toda la escena. Lo hizo desde un sitio al que se conocía desde mucho antes como “el pozo”, un hueco de tierra que se rellenó y que estaba al lado de un viejo edifi-

cio donde se iba a fundar la estación de servicio que la tradición oral bautizó con el nombre de La Rotonda de Tandil. Cuando la Gilera se disolvió por Espora hacia la ciudad, el hombre cruzó la ruta y se acercó al monumento. Miró hacia arriba, apartó el lienzo y vio al gaucho ultrajado. En ese mismo instante decidió arruinar lo que cuatro horas después hubiera sido el gag más formidable ocurrido en un acto oficial: subió al caballo y arrancó de a jirones la camiseta xeneize.

Jamás se supo quién fue el hombre que destruyó lo que habría sido uno de los más grandes momentos de la picaresca tandilense. Nos privó de apreciar los caricaturizados fastos del poder, el inmovible conservadurismo de la tradición, la violentada ritualidad de los actos públicos a favor del grotesco, el estupor del público presente, el gesto desencajado del comisionado Carlos Pina, el disgusto del escultor Allende, los ojos desorbitados de los gauchos de a caballo flanqueando el monumento, tal vez alguna carcajada incontrolable entre murmullos y toses fingidas. En fin, todo ese deslumbrante espectáculo de lo imprevisto que hubiera puesto bruscamente de sombrero a la realidad, ese momento único que iba a ocurrir cuando bajo los sonos del Himno Nacional Argentino ejecutado por la Banda de Música Municipal y tras el corte de las cintas celestes y



Mr. [unclear]

blancas la mano de un funcionario de ceremonial retirara el lienzo a los ojos de los presentes y de las generaciones del porvenir, para que en el acto apareciera como un fulgor de ridícula belleza el gaucho boquense, todo ello no pudo ser y durante 45 años aquel sujeto invisible que lo impidió no tuvo nombre, ni rostro, ni historia.

Hasta que una mañana conté en la radio este relato que tenía la matriz propia de una leyenda urbana. Al rato un oyente pidió hablar conmigo por línea privada. Cuando fui a la tanda apareció del otro lado del teléfono una voz gruesa, pastosa, voz de viejo además. “Fui yo”, me dijo. Le dije que no le creía. Me dio una dirección detrás de la ruta. Era una casita humilde hecha con los planchones de Verellén. Vivía solo y era, en efecto, un hombre viejo. En la mesa estaban el mate y la pava. Me habló de aquella noche, del insomnio incurable, de su trabajo de peón golondrina, del cielo estrellado, de los tipos llegando en moto y subiéndose al monumento. Recién entonces miré la pared y vi el banderín de River y el poster de Labruna. El hombre se levantó y fue hasta la pieza. Volvió con una vieja caja de zapatos Salzano. La abrió: adentro vi los retazos de tela, los jirones del escudo con las estrellas, los colores que a pesar del tiempo y el cautiverio todavía conservaban el sagrado fulgor azul y oro.

34. Rayo

El cielo negro como la muerte en lo alto. La lluvia que pica rabiosa sobre el empedrado. Una gran nube de espanto oscurece la ciudad. Un joven que corre como si fuera a llegar a la otra vereda antes que el chubasco lo bañe por completo. Un viejo parado en el cordón que mira al cielo. Una mujer que se ofrece a cruzarlo. El viejo dice que no con la cabeza. La mujer insiste para que el hombre salga del letargo y cruce la calle en medio del diluvio. El viejo le dice: “Gracias pero en la radio anunciaron un rayo... lo estoy esperando. Eso aprendí en la vida: a esperar que las cosas ocurran antes que escaparme de ellas”.

35. Lenguaje y poder

El lenguaje es la herramienta del poder. Hace rato había leído este concepto, creo que de Piglia, y se confirma cada vez que el poder —del gobierno que sea— acude al lenguaje como manipulación de la verdad. El kirchnerismo acuñó un slogan cuyo sesgo demagógico parecía llevar el ADN del Proceso: *Argentina, un país de buena gente*. Fue lo más parecido al tristemente célebre *Somos derechos y humanos*. El macrismo ha hecho notables esfuerzos para enmascarar la realidad a través del lenguaje. Leamos la declaración de un ministro. Alude a la “Discontinuidad de la producción”, como eufemismo de la malaria que crearon. Sin embargo, debemos subrayar el aporte a la retórica cuya fraseología ya se proyecta a la perenne inmortalidad de la historia. Lo pronunció el presidente Mauricio Macri en Estados Unidos y, claro, en inglés, luego de postrarse a los pies del Fondo Monetario Internacional y su presidenta: “Que toda la Argentina se enamore de Christine Lagarde”.

36. Idiolecto

El entonces movilero de Radio Tandil, Carlitos Díaz fue el infortunado testigo —junto a centenares de oyentes— del incomprensible exabrupto que ese mediodía cometió el dueño de la emisora, Juan Vicente Martínez Belza. Tras la quiebra del Banco del Fuerte, el exbanquero se había refugiado en la emisora dando un paso temerario que lo convirtió en el hazmerreír del pueblo: se convirtió en el conductor de su propio programa. Así, creó un idiolecto, es decir que fundó un lenguaje propio, algo que desde el filósofo alemán Heidegger no ocurría. Eran los “Juanchismos”, sonoros y temibles furcios con que hacía descostillar de risa a sus empleados y oyentes.

Pero esa mañana, la mañana en que mataron de un tiro a un comerciante en medio de un asalto, Belza fue por más. Le encargó al movilero, a minutos de ocurrido el hecho fatal, que sacara al aire a la hija del comerciante asesinado. Carlitos Díaz logró la proeza. La mujer, quebrada, se enfrentó al micrófono y recibió la pregunta de Martínez Belza que todavía hoy, veinte años después, rebota en sus oídos: “Caramba, qué tragedia, cuánto lamentamos que hayan matado a su padre... Ahora, esteee, dígame... ¿la víctima dejó una carta?”.

37. Wiltoldo

1957 fue un año de duelo para los dueños de los dos camiones atmosféricos serranos. Otero, el intendente de la Revolución Libertadora, había ordenado su obra magna: el tendido de las cloacas, una suerte de epifanía escatológica que tenía a los vecinos boquiabiertos. Mientras la familia Estévez sentía que su mierdero estrella, pomposamente llamado “La Vencedora”, corría peligro de perder la batalla frente al resumidero de la modernidad, el escritor Witold Gombrowicz llegaba a Tandil traído por un mito taquillero que embaucó a muchos: el aire balsámico de las sierras con el que procuraría doblegar su asma crónico. Semanas después escribiría: *“Y sin embargo hay en ellos (los tandilenses) una especie de desatención -de distracción-, como si les preocupara otra cosa; de repente comienzo a comprender que si aún Camus y Sartre hubieran llegado aquí, a Tandil, no lograrían vencer ese obstinado pensar en otra cosa, en algo local, tandileño”*. (Gombrowicz en su *Diario de la Argentina*, allá por 1957, sacándole la ficha a la quintaesencia de nuestra identidad).

38. La puerta de Selvetti

En la década del 80 a Santiago Selvetti se le ocurrió construir el edificio de la Galería de los Puentes. Hacerlo le costó sangre, sudor y lágrimas. Y lo salvó in extremis el rescate financiero del Banco Comercial de Tandil. A la entrada de la galería el empresario hizo colocar una puerta corredera eléctrica, automática, una innovación tecnológica desconocida. Era la llegada de la modernidad al pueblo.

El día de la inauguración, liberado del martirio que le demandó la obra, Selvetti entró a la galería. Irrumpió con dos grandes zancadas, enérgicamente, llevado por el impulso desmedido que expresan los hombres de acción. Pero los sensores eléctricos fallaron, la puerta no se abrió y Selvetti rebotó contra el vidrio y quedó sentado de traste en mitad de la vereda. Lo que empezó para el culo terminó para el culo, pensó. Luego se levantó de un salto, avergonzado pero feliz: al fin había terminado una obra que no debería haber comenzado nunca.

39. Fuego

Al actor Jorge Montejo le llevó algunos años conquistar la esquivada fama. Vivió en una pensión de Congreso que se llamó —vaya nombre— La Piedad. Luego habitó un departamento de calle Malabia en Palermo. Su vida cambió cuando llegó a la televisión a caballo de Paolo, su personaje emblema. El día que Montejo cumplió años, Juan Alberto Badía se lo festejó en su programa de televisión. Finalmente Paolo se había hecho famoso. En la tribuna estaban su mamá y su papá. “Venga, venga, don Montejo”, le dijo Badía al momento de soplar las velitas: “Acérquese, hombre... ¿o le tiene miedo a las cámaras?”. A lo que el viejo Montejo soltó con total y rotunda naturalidad: “¡Que le voy a tener miedo a las cámaras si toda la vida tuve una gomería!”.

Fue un chiste involuntario que estaba muy lejos de presagiar lo que se venía: años después su gomería de la Avenida España se prendió fuego con tanta mala suerte que ocurrió el día que por primera vez en la historia los bomberos estaban de huelga. El fuego no se apiadó de la gomería. Otro fuego, el del olvido, envolvió la sombra en la que fue mutando el hijo del gomero.

40. Árbol

Al tipo sólo le faltaba llorar mirando la rama incrustada contra el capó del Renault Fluence. Otro hombre que venía caminando por la vereda se detuvo y le dijo: “Qué dolor, hermano”. El del auto se lamentó y murmuró algo así como que todavía lo estaba pagando. “No, qué dolor me da el árbol, viejo. Tenía por lo menos cincuenta años de pie en el barrio”. El tipo del Fluence iba a decir algo pero el otro lo frenó en seco: “Vos elegiste dejar tu coche debajo del árbol, como alguna vez elegiste su sombra. Lo único que falta es que te duela más un pedazo de chapa que un árbol que no sabés ni quién plantó ni por qué el viento hoy decidió llevárselo de este mundo”.

41. Chanchos

A la hora de presentarse ante el público de la región, el cuentista Justiniano Reyes Dávila decía: “Yo vengo de un pueblo donde hay tanta ansiedad que una vez para una celebración prendieron los fuegos artificiales al mediodía. Vengo de un pueblo donde hay gente que se pone cinco apellidos para ver si emboca cuál es el del padre”. Una mañana de 1981 en la mesa del Bar Ideal que compartía con Luis Pontaut, sentenció el sublime aforismo que viajó hacia el bronce de la posteridad. “Que los clientes del banco le festejen un aniversario al Banco Comercial, es como si los chanchos le hicieran un homenaje a Cagnoli”.

42. Morocha y usurero

La manifestación avanza por las calles del centro. La morocha, micrófono en mano, lleva la voz cantante de la proclama del Movimiento 1° de Octubre. Al son de los bombos maldice a los ricos, al imperialismo y la oligarquía. Su voz detiene las conversaciones en la mesa del bar. Hay tres hombres en una de las mesas que da a la calle y un solitario parroquiano sentado sobre una banqueta en la barra leyendo el diario. Uno de los habitués conjetura que nadie de los manifestantes sabe lo que significa la palabra trabajar. El otro parroquiano asiente y bromea sobre ese tópico. Pero el tercer parroquiano, que es un hombre de voz de trueno y que desde hace muchos años se dedica al negocio de la usura, enfoca su índice acusador y dice a boca de jarro:

—¡Andá a laburar, negra mugrienta! ¡Se te dan una pala salís corriendo!

Sus compañeros festejan ese lugar común que el tipo ha pronunciado como si fuera el primer trabajador, pero en el acto el aire del bar se congela cuando desde la barra el hombre joven sin moverse de su banqueta y mirando al inquisidor le espeta:

—¿Y vos de qué trabajo hablás, usurero del orto, si a lo único que te dedicaste en tu vida fue a cagar a la gente?

Telón.

43. En el Imperial

Fue en el Restaurante El Imperial, en 1967. Borges había pedido un plato de arroz bien grande con un huevo duro. Mientras hablaba con quienes lo habían invitado a Tandil para que diera una charla sobre Edgar Allan Poe en la Biblioteca Sarmiento de Villa Italia, entró un tipo al restaurante. Fue derecho hasta la mesa del ilustre escritor y, cortando la charla, preguntó de manera intempestiva dónde estaba el baño. Borges lo fusiló con una ironía que el tipo jamás alcanzó a comprender: “Al fondo y a la derecha. Detrás de un cartel que dice ‘Caballeros’... no le haga caso y siga...”.



44. Cuchillo

Aquella primavera de 2003 el candidato a intendente Miguel Lunghi, en el epílogo de la campaña electoral, buscaba los votos de los comerciantes del centro. Un asado nocturno reunió a los comerciantes de calle San Martín. Eran unos quince hombres y mujeres dispuestos a escuchar al candidato. Lunghi se refirió a una idea central que tenía pensada respecto a la señalética que dispondría para el Tandil Soñado en el centro viejo de la ciudad. “Tenemos que terminar con los adefesios...”, dijo y puntualizó: “El cartel bandera con ese cuchillo enorme que cruza toda la calle San Martín es un verdadero mamarracho”, definió. Se hizo un silencio tenso. Frente al candidato radical el dueño del negocio La Cuchillería atinó a balbucear: “Ese cartel es mío...”. Los comensales estaban recién por empezar los chorizos, pero el anfitrión —para salvar el mal momento— pidió de manera abrupta un aplauso para el asador.

45. Morirás con la boca bien abierta

La señora, ya septuagenaria, decidió ir al teatro. El arrasador éxito de la obra “Morirás con las piernas bien cerradas” que daban sobre las tablas de la sala del Club de Teatro, también había cautivado su interés. Se sabe que no hay publicidad más efectiva que el boca a boca, uno de los últimos signos que perviven de las sintomatologías del pueblo chico. La mujer, producida para la ocasión, llegó hasta la boletería, abrió la cartera y pidió con la más completa naturalidad: “Una entrada para ‘Morirás con las tetas bien paradas’, por favor...”.

46. Lenguaje y Humor

En una película de Almodóvar, una mujer le decía al degenerado que la estaba violando: “¡Córrete, córrete!”. Los argentinos lo interpretábamos como un pedido de que se hiciera a un lado. Tal vez por eso una noche de 1981 un tandilense desde la primera fila del cine Avenida gritó para la posteridad: “¡Pero si se corre no va a poder acabar!”.

47. Bomba

En mayo de 1982 un científico porteño experto en física nuclear, radicado en Europa, pide una audiencia con el embajador argentino en España. Cuando la consigue, a sabiendas de que Argentina perderá la guerra en Malvinas, le ofrece a la dictadura una solución in extremis: hundir las islas con una bomba nuclear. Así la flota inglesa se volvería sin nada entre las manos. Lo creen loco. No lo está, por eso esquivó una propuesta del líder libio Muamar el Gadafi para que le diseñe una bomba similar. El físico, desolado, sabe que perderemos la guerra. Un par de años después se radicará en Tandil. Y contará esta historia en una mesa del Bar El Cisne.

48. El viejo que lloraba

Marcharon trabajadores metalúrgicos, militantes políticos y dirigentes gremiales. Hubo familias, hubo jóvenes con pancartas y bombos. Y entre todos ellos, solo con su alma y sus recuerdos, hubo un viejo que partió de Metalúrgica Tandil y llegó hasta el Municipio llorando en silencio como si fuera en medio un cortejo. No lloraba por su trabajo perdido. Pertenecía a la familia de los metalúrgicos jubilados. Los que vivieron la bella época, la de Metalúrgica Tandil y la del Tandil de los años felices. Lentas lágrimas le caían mientras caminaba con la muchedumbre durante el último acto de la madre de las metalúrgicas ya muerta y enterrada.

En el orden simbólico la quiebra de Metalúrgica Tandil es un golpe letal que, aunque previsible, duele en lo más hondo. Porque lo que se cerró fue el último trazo del círculo virtuoso, del capitalismo humano que inventó Santiago Selveti en 1948: esa idea poderosa de que con la cultura del trabajo los padres podían llevar a sus hijos a conocer el mar, a estudiar, a ser alguien en la vida.

Cuando la marcha terminó me acerqué despacio y le pregunté por qué lloraba y si necesitaba algo. El viejo me miró y se hizo un silencio eterno. “Lloro por todo lo que perdimos”, dijo. Hundida en el fondo de sus lágrimas yacía la fábrica de los sueños rotos.

49. Angelpillo

Fue la suma de todos los hombres: político (radical de toda la vida), dirigente futbolero del Club Excursionistas, martillero de profesión y competitivo cantor de tangos. Don José Angelillo era dueño de una personalidad extrovertida. Este patrón de carácter, que en la comarca era celebrado como tantos otros personajes de su estirpe (el caso don José Vilanova o don “Tito” Ballent, también llamado El Hombre Sonrisa), no siempre fue bien recibido más allá de las fronteras serranas.

Todavía se recuerda en plena primavera alfonsinista — 1986— la visita de una delegación de radicales de nuestra ciudad en Mar del Plata. Erramouspe, Tomei, Grasso, Grieco y “Tati” Loustau eran algunos de los integrantes de la comitiva. Habían viajado para participar de un congreso sobre municipalismo y ley orgánica de las municipalidades que se hacía en el Hotel Provincial. En un descanso de las actividades del foro, Angelillo y algunos otros radicales fueron a un restaurante a cenar. En la mesa vecina a la que les tocó había un matrimonio con un chico de diez años. Eran turistas y nada tenían que ver con el congreso en cuestión.

Los tres estaban comiendo milaneses con papas fritas y huevos fritos a caballo. Grande fue la perplejidad de los correligionarios cuando Angelillo se acercó a la mesa de la familia, tomó un pedazo de pan y lo hundió en el huevo frito del plato del niño. El padre se levantó como un resorte, poseído de un doble estímulo: el enojo y la incredulidad.

—¿Qué hace? —le gritó—. ¡Usted está loco! ¡Babosearle el huevo frito a mi hijo!

Don José Angelillo —quien debido a estas malicias incomprensibles solía ser nombrado por lo bajo con el apodo de *Angelpillo*— teatralizó un gesto de sorpresa a la vez que expresó:

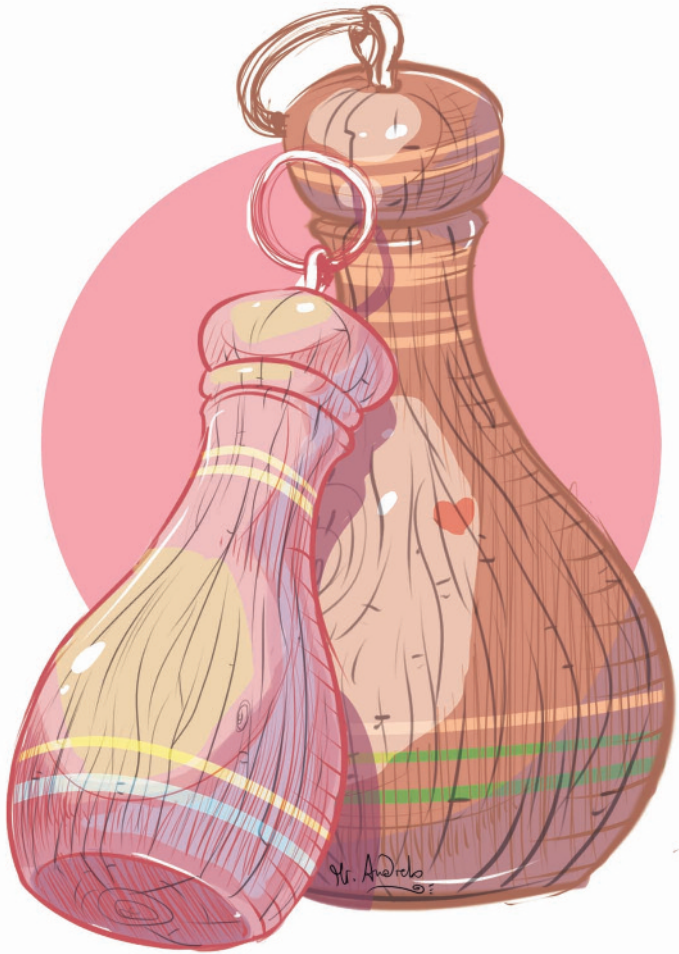
—Pero hombre, si sólo mojé el pancito, nada más...

50. Flato en Figlio

Con una sorprendente vitalidad para sus 75 años el hombre, recluido en el baño de Figlio y conjeturando que estaba solo en el Universo, se descerrajó una vibrante y estentórea flatulencia. El pedo, con un bramido furioso, atravesó las paredes y la puerta de vidrio del baño, retumbó en el aire como un cañonazo de guerras remotas, y se estampó en los oídos de dos coquetas damas que sentadas a la última mesa de la confitería tomaban su te de las five o' clock. Cuando la sombra encorvada y de gorra emergió del baño agarrada lastimosamente del bastón, todas las incrédulas miradas se posaron sobre él mientras el eco ya lánguido del flato se disolvía en la atmósfera de la calle San Martín.

51. Sortija

El Loco Sosa vivió un tiempo en un terreno baldío, al lado de la pizzería Gipsy (hoy Grill Argentino). Allí lo conchabó un tipo que había puesto una calesita para que él tentara a los chicos con el premio de la sortija. Como es tradición, el niño que lograba atraparla tenía el derecho a una vuelta gratis. Al grito rimado de “Le doy la sortija a quien quiera ser mi hija”, el Loco Sosa era feliz en ese mundo de flequillos y caballitos que subían y bajaban como su mano agitando la sortija con forma de calabaza. Hasta que una tarde, una niña al momento de arrebatarse la sortija le dijo “Gracias, papá”. El Loco Sosa esperó que la calesita se detuviera. Luego acarició el pelo de la nena, le dio un beso en la frente, se fue llorando y nunca más se lo volvió a ver por el lugar.



52. Telo-Furgoneta

Lector que me detiene en la Plaza Independencia y dice: “¿Oyó hablar del Telo-Furgoneta color verde que en 1967 prestaba servicios de catrera ambulante para el desenfreno sexual?”. Le digo que para inventar narraciones extravagantes estoy yo, tras cual el hombre saca una fotografía y un recorte de diario en sepia informando el abrupto final del Telo-Furgoneta a cargo de un marido enfurecido. El título de la crónica policial edulcoraba el trasfondo de la trama: *Atentaron contra un extraño carromato en la vía pública*.

El Coche-Cama, que fue hasta la fecha la única versión de un telo ambulante por las calles de la ciudad, tenía su parada en la Avenida Colón, frente a la entonces Fideería el Progreso.

53. Capristo

Tropiezo con la historia de Capristo, el primer zorro gris que tuvo Tandil hace más de cincuenta años. “Me odiaba todo el pueblo”, confesó al momento de jubilarse. Tenía fama de áspero. Y no es para menos. Durante treinta años pretendió la heroica quijotada de hacer cumplir la ley a sus vecinos. En el país de la anomia, de la avivada. La Municipalidad no conseguía un inspector y puso un aviso. Capristo compró el diario y se presentó sin imaginar que en ese acto iba a cambiar su vida. Era irrevocable, quisieron fajarlo más de una vez y el intendente lo autorizó a llevar un revólver, que él desechó. “Imagínese si me mandaba una macana”, reflexionó a la vejez. Todo el pueblo lo puteaba en colores. Coleccionó injurias por doquier. Su nombre era la cifra de lo maldito. Pero a nadie le perdonaba una agachada. Ser zorro gris se convirtió en su fatalidad. La quimera de un orden en la sociedad del caos. Fue un loco, un delirante, el Cid Campeador sobre su moto Gilera. Imagino el día de su muerte. Imagino un entierro de lástima, un olvido inmediato.

54. Gorra

Sabemos que hay un humor rural. La cifra de la identidad del humor campero radica en el doble tiempo mental del paisano. Ahora vayamos por la cobardía del ejemplo (la expresión creo que es de Borges). Se presume que el hombre era de los pagos de Las Numancias. Entró a una flamante ferretería de la ciudad portando unas bombachas gastadas, botas, chaleco de cuero. Completaba el atuendo, muy oronda sobre su cabeza, una gorra de color beige. Nuestro personaje podría haber salido de cualquier cuadro de Molina Campos, pero en realidad acababa de bajarse de su camioneta, había consultado un tanto confusamente los secretos del parquímetro, y vencido ante la novedosa tecnología se encomendó a Dios para que el inspector no le hiciera la multa durante el tiempo que le llevara su estancia en la ferretería. Ya venía desquiciado por el tránsito infernal y lo único que le faltaba era que la grúa le llevara la chata. Repasó mentalmente todo lo que tenía que comprar. Se imponía una herramienta necesaria que había perdido inexplicablemente: la llave francesa que siempre lo sacaba de algún apuro.

Lo atendieron con esa afectación impersonal que exudan las ferreterías donde uno no es un hombre, por decirlo así, un ser ontológico o un sujeto histórico: uno es un tor-

nillo, una bordeadora, una pinza pico de loro. Salvo que uno sea un cliente ya muy conocido, un habitué del lugar, alguien que hasta tiene cuenta corriente en el negocio. Pero nuestro personaje, se ha dicho, venía de Las Numancias. De modo que compró la llave francesa más algunas cosas menores, así de golpe, sin preguntar el precio. De crédulo o por descuido. Sólo lo consultó al final y por una cuestión de forma. La entonación lacónica del ferretero anunciando el importe de la herramienta también sonó impersonal, como si le estuviera hablando a la luna o a una estatua.

—¿Eh? ¿Cuánto me dijo, don? —volvió a preguntar el paisano, creyendo que había escuchado mal.

El ferretero reiteró la cifra. El paisano se quitó la gorra y la dejó arriba del mostrador. Luego, pausadamente, metió la mano en el bolsillo trasero de la bombacha, sacó la billetera y pagó. Empezó a irse del lugar a paso lento, portando ese extraordinario doble tiempo mental que tiene la gente de campo, hecho de intuición, desconfianza y picardía.

En ese momento el ferretero le pegó el grito desde el mostrador.

—¡Jefe! ¡Se olvida la gorra!

Entonces el paisano —frente a la demudada clientela— lo liquidó con la respuesta antes de mandarse a mudar.

—Dejatela, ¿para qué la quiero? —dijo y remató—: ¡Si me arrancaste la cabeza!

55. Sepultura

Buscando un refugio frente a la intemperie el Loco Sosa se fue a vivir al cementerio municipal. Encontró en una fila de nichos —el tercero empezando de abajo— un hoyo vacío y sin tapa. Su vecino inmediato inferior era un extinto al que su viuda le llevaba flores todos los domingos. Uno de esos días que la mujer estaba limpiando la lápida, el Loco Sosa se despertó de la siesta, asomó la cabeza por la abertura de la tumba y dijo: “Oiga, doña, la próxima vez tráigame una docena de facturas ¿quiere?”. Del terrible julepe que se pegó la mujer cayó redondamente al piso. El Loco Sosa la ayudó a recoger las calas mientras silbaba el tango “Mano a mano” pero no pudo evitar que tras el informe del sofocón las autoridades lo conminaran a dejar el comodato de la sepultura.

56. Nochebuena de 1970

La última nochebuena de 1970, apostado en la calle y para ganarse unos pesos, Cachafaz cambió su rutina de masticar vidrios y se disfrazó de Árbol de Navidad. Teresa, una catequista de cruenta soltería, le clavó una estrella de cartulina en la cabeza. El almacenero le colgó de adorno media docena de huevos en los brazos. Hasta que llegó el comisario bonachón y le enrolló como un matambre en torno a su cuerpo una cuerda repleta de foquitos de colores. Otro vecino aportó el alargue y la conexión eléctrica y cuando se encendieron las luces, Cachafaz pareció un sicodélico espantapájaros. Pero aún faltaba lo peor: borracho por la abundante ingesta, el gerente del Banco Comercial (un tal Méndez) se gastó todo el aguinaldo en pirotecnia y colocó cinco petardos rompeportones a los pies de los zapatos sin lengua de Cachafaz. El estruendo hizo volar por los aires al Árbol de Navidad entre las carcajadas de los vecinos. Desde esa noche nada es lo mismo en el barrio. O algo cambió para siempre.

Años después de este episodio se fundió el Banco Comercial y el gerente Méndez terminó preso por prestarle su

quinta a los militares que la convirtieron en un chupadero. La catequista Teresa se dedicó a beber hectolitros de damajuanas de tinto que le llevaba la camioneta de Vinos Galán. Concluyó sus noches vagando por la calle Centenario anunciando que estaban por llegar “los cinco jinetes del apocalipsis” (Se ignora por qué le sumó uno más). En tanto el comisario bonachón al que todos llamaban Coco (Vapore), quien había estado al mando de la Comisaría Primera, también fue juzgado a la vejez y quedó preso en su chalé del Barrio Jardín condenado por haber permitido que su repartición se convirtiera en un centro de torturas.

La leyenda dice que desde aquel 24 de diciembre de 1970 cada nochebuena el fantasma de Cachafaz sobrevuela la irreconocible barriada a los mandos de su alado Árbol de Navidad, un avioncito de color verde, con dos ramas como alas y el invencible fuselaje del tronco en el que viaja su locura de otros mundos.

57. Nada fino

El exfuncionario Indalecio Oroquieta, quien en los 90 como secretario de Obras Públicas tocó las cumbres de lo imperdonable por demoler los últimos restos del Molino de Juan Fugl, tenía como segundo nombre de pila el femenino María. Llegó a ser intendente municipal en el año 2000, tras la renuncia forzada por problemas de salud de Julio Zanatelli. Cierta día llegó a la Secretaría Privada una carta dirigida a MARÍA INDALECIO OROQUIETA. Quien lo escribió pensó que el Intendente era una mujer. Al ver la epístola, Oroquieta, que nunca sobresalió por su sutileza ni galanura, le dijo a una de las secretarias: “A éste contestáale que el Intendente de Tandil tiene sobrante, no tajo”.

58. Fantasma

Se le atribuye al fantasma del viejo Jorge Ruda la maldición de que nada funcione en la esquina de Yrigoyen y San Martín. El pensamiento oficial del mundo no acepta estos designios inescrutables, pero los hechos mandan. Ruda fundó su bicicletería en 1947 y debió cerrarla en 1993, puesto que los propietarios le pidieron el local que alquilaba y que nunca había podido comprar. Pero cuarenta y siete años en el lugar lo pintaron en el mismidad del paisaje como si hubiera estado allí desde que Martín Rodríguez ordenó levantar el fuerte de Tandil. Durante los veinticinco años posteriores al cierre de la bicicletería ningún negocio prosperó en el lugar. Pasaron por allí decenas de emprendimientos. Cuentapropistas, sociedades anónimas, comerciantes de rubros disímiles, cada intento realizado bajo las cenizas aún tibias del comercio que se había fundido, terminó en ruina. Las últimas intentonas no dejan margen para la esperanza. Dos empresarios exitosos, Gabriel Fuente y su amigo Sergio Arenas, invirtieron una pequeña fortuna incursionando en el rubro gastronómico. El final de la aventura, tras haberle comprado a Ricardo Colucci la pizzería Dominó —que pasó a llamarse Dominus— los encontró



muy lejos de recuperar la inversión y, lo que es peor, con una fuerte distorsión en el hábito alimentario. Fuente de hecho engordó 30 kilos. Cuando se hartaron de perder plata vendieron el fondo de comercio y así el círculo infernal empezó de nuevo: pintura del frente y cambio del nombre de fantasía. El infortunio empírico del nuevo dueño en la esquina imposible concluyó la noche que sirvió una modalidad de pizza desconocida: la muzzarella al vitreaux, puesto que dos clientas debieron ser internadas ante la ingesta de partículas de vidrio molido que se le pasó al cocinero en un descuido garrafal.

Desde el marketing, las herramientas académicas no pueden interpretar este fatídico corolario recurrente, sobre todo porque consideran que la *location* es inmejorable, a una cuadra del pleno centro. Sin embargo, el fracaso está tatuado en el alma del lugar, como si el fantasma del viejo Ruda desde el más allá hubiera hechizado el sitio condenándolo a una categoría ontológica definitiva: la certeza de ya no ser.

59. El Fangio local

El hombre había estacionado la camioneta Toyota sobre calle 9 de Julio al 900, exactamente frente al local comercial de la Usina Popular y Municipal (hoy Facultad de Arte). Lo hizo dejando las ruedas apuntando hacia la izquierda. El dato parece irrelevante, pero resulta didáctico para explicar la mecánica del incidente. La Toyota pertenecía a la empresa UPJ, conocida cerealera que veinte años después de esa noche terminaría siendo cooptada por el imperio sojero Grobocopatel. El conductor bajó y varias horas después, cuando volvió, era otra persona. Las fuentes acuerdan que subió a la Toyota como un espectro etílico, pasado de copas y a los tumbos, como si hubiera vagado por medio pueblo hasta que por fin recordó dónde la había dejado estacionada. El dato resulta verosímil. Por lo demás, no es posible saber si el conductor de la Toyota había leído a Voltaire, y en los momentos que erró por las calles tratando de dar con la camioneta alcanzó a evocar la majestuosa cita: *Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una.* “Lo majestuoso era el pedo que tenía”, señaló Culito, quien a bordo de su bicicleta fue el único testigo ocasional del episodio. (Digre-

sión: Culito era un conocido canillita que andaba por las noches anunciando la llegada del Armagedón. Se burlaban de él por el desmesurado tamaño de su trasero. Los pibes le gritaban “¡Culito!” y él se enfurecía y los sacaba corriendo. También le decían Linterna, porque lo cargaban por el culo).

Eran las 3,30 de la madrugada. Una vez que ubicó la Toyota, el hombre arrancó y pisó violentamente el acelerador sin enderezar el volante. La camioneta salió disparada y fue derecho a donde sus ruedas apuntaban: el frente vidriado del local de la Usina que tenía su gloriosa (y una de las últimas) puerta giratoria de aluminio en el centro. No hubo misericordia con ella ni con el resto de la vidriera. En medio del estruendo la Toyota irrumpió enteramente en el edificio y terminó su demencial derrotero contra los antiguos mostradores de atención al público. Hay que subrayar otro dato del Tandil nocturno de la época: eran los tiempos donde al sereno se le pagaba para dormir, que era la más usual forma de vigilancia concebida, a instancias de que nunca pasaba nada. Raramente, además, un sereno estaba armado. Porrazo, vaya apellido pero así se llamaba el sereno de la Usina, cumplía fielmente con la tradición: estaba durmiendo profundamente cuando el alboroto lo arrancó del sillón. Al principio supuso que había explotado una bomba. La primera explosión fue en el momento que la Toyota atra-

vesó la pared de vidrio de la entrada. La segunda al impactar contra los mostradores. Después sintió una voz humana, el reclamo de un tipo hablando con la lengua trabada: “¡Vieja! ¡Te dije que me dejaras abierto el garaje!”.

El sereno corrió hasta el teléfono y llamar al gerente de la Usina. Porrazo gritó dos veces lo que Mario Cabitto primero entendió como si fuera una broma o la catarsis de un demente: “¡Se metió una camioneta en la Usina! ¡Se metió una camioneta en la Usina!”.

Finalmente la compañía de seguros de la cerealera se hizo cargo de los gastos. Nadie pudo reponer jamás la destrozada puerta giratoria de aluminio. Por su parte la Usina contrató a la arquitecta Patricia Farah para diseñar una entrada más moderna del lugar. El conductor de la Toyota se llamó a silencio. Un manto de piedad cayó sobre su noche más infortunada, aunque según los febriles mentideros del empedrado un allegado al hombre que destruyó la Usina supo revelar el argumento que habría dado al momento de explicar el accidente: “Cumplí con la más grande lección que nos dio Juan Manuel Fangio —habría dicho y aclaró—: El Chueco aconsejó que ante una eventualidad inesperada nunca había que tocar el freno. Y bueno, eso fue lo que hice: no frené”, sostuvo, dando por concluido el episodio.

60. Canillita fake news

Su recuerdo permanece inalterable porque según la mitología fue el único canillita que inventó la costumbre de vocear noticias falsas. Naturalmente, no lo urgía la política sino la economía. Fue el portador de las fake news del Tandil de los años felices. Apenas le entregaban los diarios, Rigoberto Efraín Torres salía a la calle gritando sus insensatas primicias. Un día anunció que se había secado el Dique, otro día que había muerto el intendente de turno, otra mañana que una banda de ladrones foráneos había robado el Banco Nación. Eran noticias truculentas que muy pronto perdieron su efecto de venta instantánea. Al final nadie le creía nada de lo que a viva voz anunciaba para vender sus diarios, y la vecindad le aceptaba el fraude con una piadosa sonrisa.

Hasta que la tarde del 21 de julio de 1964 salió disparado de los talleres de *Nueva Era* sobre calle Belgrano, dobló por Rodríguez hacia el centro y empezó a gritar una primicia lúgubre: la tragedia de un choque e incendio de un

ómnibus de larga distancia de la empresa TASA y un automóvil Valiant en cercanías de Monte con veinticinco tandilenses muertos. El primero que escuchó la novedad fue un borrachín que estaba acodado en el mostrador del Bar Tito. Enfurecido por el dislate se enojó de mal modo con el canillita. “¡Cómo vas a decir semejante bolazo, infeliz!” le gritó manoteándole el reparto. Acto seguido le prendió fuego los cincuenta diarios que Rigoberto llevaba en el canasto, sin reparar en que nuestro recordado canillita, por primera vez en su vida, había voceado la verdad.

61. Oratoria

El mejor discurso que se dio jamás duró medio minuto. Fue en el Club Independiente, la noche de la fiesta de un nuevo aniversario y cambio de autoridades en la entidad rojinegra. El presidente saliente, don Luis Pontaut, en una de las ocurrencias propias de su estilo, dijo ante la multitud de socios sus breves palabras de despedida: “Señoras y señores: tengo el honor de cerrar mi presidencia sin haber puesto un solo ladrillo, ni una sola obra le dejo a este querido club. Buenas noches”.

62. Calzón fúnebre

Pensar que en la década del 60 la calle Brasil —que entonces ni siquiera tenía ese nombre sino que se llamaba Vargas— era un hilo lánguido de tierra abierto en medio del descampado, un caminito tristón y oscuro que terminaba donde concluía el pueblo: en el cementerio municipal. Pensar que tres casas más allá del camposanto vivía la vidente Asiba Danesmur. Pensar que Asiba le leyó el destino revelado en la borra de café a cuanta mujer visitó su rancho. Pensar que una de esas mujeres se ofendió con la predicción de la vidente. “Tendrás tres maridos y a los tres enterrarás”, le dijo. No se equivocó. El primer cónyuge murió de un cáncer de pulmón, el segundo en un accidente de tránsito y el tercero, dicen, en pleno coito con la viuda en cuestión.

En el obituario del último finado, el linotipista del diario *Actividades* derrapó magistralmente —preso de un lapsus linguae fruto de la chanza que había compartido minutos antes con sus compañeros del taller— derivando la broma al teclado de la máquina y luego a la bobina de papel que al día siguiente dejó estupefactos a los lectores: “*Su viuda, la fatalmente conchuda Sra. Etelvina Calzón Fúnebre, ruega no enviar flores. Su importe donarlo al Asilo de Ancianos*”.

63. El ávaro

Sabemos que hay sobradas razones que fundamentan a la avaricia como un pecado capital. La comedia *El avaro* de Molière se estrenó en 1868. La extrema tacañería del personaje Harpagón encontró su epígono tal vez incluso superador muy lejos de París. Basta con describir la siguiente escena para sostener que Harpagón ha sido derrotado en el valle de la tandilidad.

De un día para otro los parroquianos de un bar ubicado en el corazón del centro viejo observan que algo falta en las mesas: los sobres de azúcar y sacarina. Es inexplicable que a un mozo con experiencia se le escape este detalle que perturba a los clientes. Piden su café, su té, cortado, su lágrima y no encuentran con qué endulzar la infusión. El mozo ha debido incorporar un nuevo hábito a su rutina: cuando baja el café de la bandeja a la mesa, saca del bolsillo los sobres en cuestión. Ante la presión de las preguntas el mozo confiesa lo que está ocurriendo: el patrón descubrió que un parroquiano le robaba algunos sobres de azúcar, por lo tanto ordenó la retirada masiva del azúcar, la sacarina y demás edulcorantes de las mesas del bar.

Cabe consignar que el propietario del café, además, es dueño de dos pizzerías, de valiosas propiedades que alquila en el centro, de un campo cercano y de algunos otros inmuebles. Pero es —sobre todo— un próspero usurero con oficinas en el piso superior del bar. Es, como resulta fácil inferir, un hombre de fortuna. Dos meses después del hecho narrado, cuando al fin pudo internalizar el hurto y duelar la dolorosa pérdida de 23 sobres de azúcar, el bolichero le permitió al mozo que volviera a colocar los imprescindibles sobres en las mesas del bar. Una pena el destiempo. Ese antiguo inmueble donde hoy funciona el bar fue en las últimas décadas del siglo XX un renombrado hotel. En una de sus habitaciones, en ocasión de viajar para conocer la maravilla de la Piedra Movediza, se alojó el científico y naturalista inglés Charles Darwin, autor en 1859 de *El origen de las especies*. Es probable que Darwin, de haberlo frecuentado, hubiera estudiado al avaro del bar como el más genuino depredador de su especie.

64. Chocolate

En 1957 El Gaucho Rubio era un despacho de bebidas al paso con damas adentro. Estaba ubicado frente al Bar Richmond, en Avenida Colón al 1500. El lugar era una típica fonda sombría con estantes de madera, tres butacas rústicas donde se aposentaban las alternadoras y unas pocas mesas para los parroquianos. Era, El Gaucho Rubio, uno más de los casi 140 piringundines de la época. Y el perro que allí vivía no parecía de este mundo, aunque lo fuera.

Lo habían puesto el nombre de Chocolate, era un perro largo y chato y cultivaba una disciplina infrecuente para su raza: se dedicaba al choreo. Le robaba a los clientes del boliche mediante una modalidad que hasta hoy es considerada como inédita y tal vez irrepetible: mientras los varones, sentados a las mesas de la fonda, empinaban el codo con las mujeres desparramadas sobre sus faldas, Chocolate se acercaba subrepticamente a su víctima, le olfateaba el bolsillo y de un suave tarascón le escamoteaba la billetera. Era una



maniobra de prestidigitación digna del ilusionista más renombrado, en los años donde René Lavand acababa de renunciar a su empleo en el Banco Nación para ir a probar suerte a Buenos Aires. Luego del bolsiqueo de la billetera, Chocolate completaba su obra maestra perdiéndose en el patio del inmueble y buscando su cucha, que estaba ubicada detrás de un aljibe. Allí, el perro dejaba la billetera en el interior de un sombrero y volvía al salón para olfatear el bolsillo de su próxima víctima. Las aventuras surrealistas de Chocolate lo confirman como el primer perro chorro que eternizó su formidable historia a la sombra de los tilos de Colón.

65. Tigre

Fue una noche de 1983. El Dique, en su versión más agreste, carecía de senda peatonal. Los que salían a correr lo hacían sobre el pavimento bajo una penumbra mortecina. En esa opacidad transcurre el devenir del relato. “Entonces cuando llegué al monumento de Fugl bajé de la camioneta y la vi...”, dice el hombre contándome su fracaso bajo palabra de respetar el anonimato. “La vi —continúa— como lo que era: una mujer colosal, de un metro con setenta y cinco, cabello con una cola de caballo y un tranco infernal, porque hacía atletismo, aunque había venido a Tandil desde Necochea a estudiar Veterinarias. Se llamaba Ana Castagno”, evoca.

Empezó a correrla sin presentir el absurdo que Fugl le estaba profetizando desde su estatua: al pionero danés que se rompió el alma trabajando le hicieron una escultura de traje, corbata, parado y de brazos cruzados, como un burócrata de oficina. Volvemos al relato. Era verano y la luna flotaba, insomne, sobre el agua del Lago. “Juré que la alcanzaría ya que si nunca iba a poder seducirla, al menos no me humillaría sacándome 5 metros cada 100. Dejé no el

hígado sino el alma en la empresa. La corrí desde Fugl hasta el Centro Náutico del Fuerte, o sea unos 2100 metros”, detalla. En una digresión a su relato, nuestro personaje evoca el destino de Filípedes, quien murió corriendo 42,194 metros en las llanuras de Marathon. Volvemos al Dique, a la noche más imperdonable de su vida. Cuando la rubia aflojó el tranco, cerca de la isla, nuestro atleta, quien por entonces era joven y portaba una buena figura, la alcanzó. “Imaginate, venía fundido pero a punto del piropo, a punto del saludo tímido, de lo que sea... Pero cuando me pongo a la par ocurrió la catástrofe. Esa diosa que yo creía que era Ana Castagno... era en realidad... ¡¡el Tigre Brutti!! Sergio Brutti, no sé si lo conocés... quien en esos años tenía una buena figura, era rubio con una cola en el pelo y, sobre todo, el tranco de Usain Bolt. Más de uno que la conoció a Ana y al Tigre mi dieron la razón con que era fácil confundirse, pero la verdad es que fue el papelón interno más grande de mi vida”, confiesa el portador de esta historia, la cual se suma a la saga de las epopeyas bizarras ocurridas en torno al espejo fétido.

66. Ni candidato ni amueblada

El vecino Rody Cachela, para los utopistas, lleva el doble signo de la quijotada y la desilusión. Nada demasiado grave teniendo en cuenta que finalmente el realismo es como el tango y la siesta: siempre te espera. Cachela fue el eterno candidato a intendente del Partido Humanista desde los albores de la democracia recuperada hasta que veinte años después tropezó con una de las más crudas vivencias en la historia de las elecciones de la modernidad.

Ocurrió un domingo electoral con Cachela como autoridad de mesa representando a su Partido Humanista. A la hora de contar los votos, el PH no había recogido ni un solo sufragio. Cachela objetó ante sus pares la veracidad del conteo aduciendo que su padre había votado en esa mesa y que, por lo tanto, un voto tenía que haber: el de su viejo. Las autoridades de mesa accedieron de inmediato al recuento, voto por voto, y al final, una hora después, llegaron a una irreversible conclusión: ni su padre lo había votado. Fue su agrio final como candidato político. El otro derrumbe es

aún más doloroso para la memoria erótica de dos generaciones de tandilenses. Dueño del viejo Hotel Belgrano — también llamado en sus tiempos de gloria como “La amueblada de los pobres”, ya que estaba ubicado en pleno centro y se había convertido en el albergue preferido por los amantes de a pie—, decidió primero reciclarlo en un hostel y luego alquilarlo al municipio. Rentó la propiedad para que allí funcione el Conservatorio de Música Isaías Orbe. El humanismo y la legendaria amueblada son dos paraísos perdidos de un tiempo que muchos se obstinan en no olvidar.

67. Sala de espera

Hace años el antropólogo canadiense Marc Augé acuñó la teoría del No-Lugar. Llamó así a los sitios de paso, lugares sin identidad donde los hombres no se apegan ni crean relaciones de sociabilidad. Mencionó a las terminales de ómnibus y los aeropuertos. Me permito agregar las salas de espera de los médicos. Sólo la excepcionalidad de un hecho completamente aislado puede alterar la atmósfera de estos sitios. Un hecho como el que aconteció el 20 de agosto de 2004 en la sala de espera del prestigioso urólogo que, mesuradamente, más cantidades de próstatas palpó durante su exitosa carrera. Leamos.

El lugar estaba repleto de pacientes. De golpe entró un hombre de unos ochenta años, simpático, charlatán y entrador. Para matizar la espera el viejo decidió contar un chiste. Sabemos que es un momento que no todo el mundo desea porque subyace la tensión de que si el chiste es malo, como suele ocurrir, hay que inventar una risa. Y no hay tarea más compleja que reírse de mentira. Pero el viejo sabía narrar y su relato concentró la atención de los pacientes. Hasta incluso logró captar el interés de la secretaria.

Resulta —dijo— que va un anciano a una feria del trasplante donde la gente se compromete a donar sus órganos. Entra y se sienta en la última fila. Entonces el presentador anuncia que ya está todo dispuesto para empezar las donaciones. Una mujer se levanta de la butaca y dice: “Yo dono mis retinas”. La aplauden módicamente. Un tipo desde más atrás grita: “Yo dono mis riñones”. Esta vez el aplauso brota estentóreo. El viejito que estaba en la última fila levanta la mano y pega el alarido: “Señor presentador, yo dono mi pene”. Entonces acontece una ovación descomunal y todos los presentes empiezan a gritarle al anciano: “¡Que se pare, que se pare!”. A lo que el viejo responde: “¡Ah no, si se para no lo dono un carajo!”. Un sentido aplauso entre carcajadas coronó la inesperada intervención del viejo. Se había ganado, sin duda, ser el primero en entrar al consultorio apenas el médico abriera la puerta y llamara al próximo paciente. Y eso ocurrió.

68. Hábitos

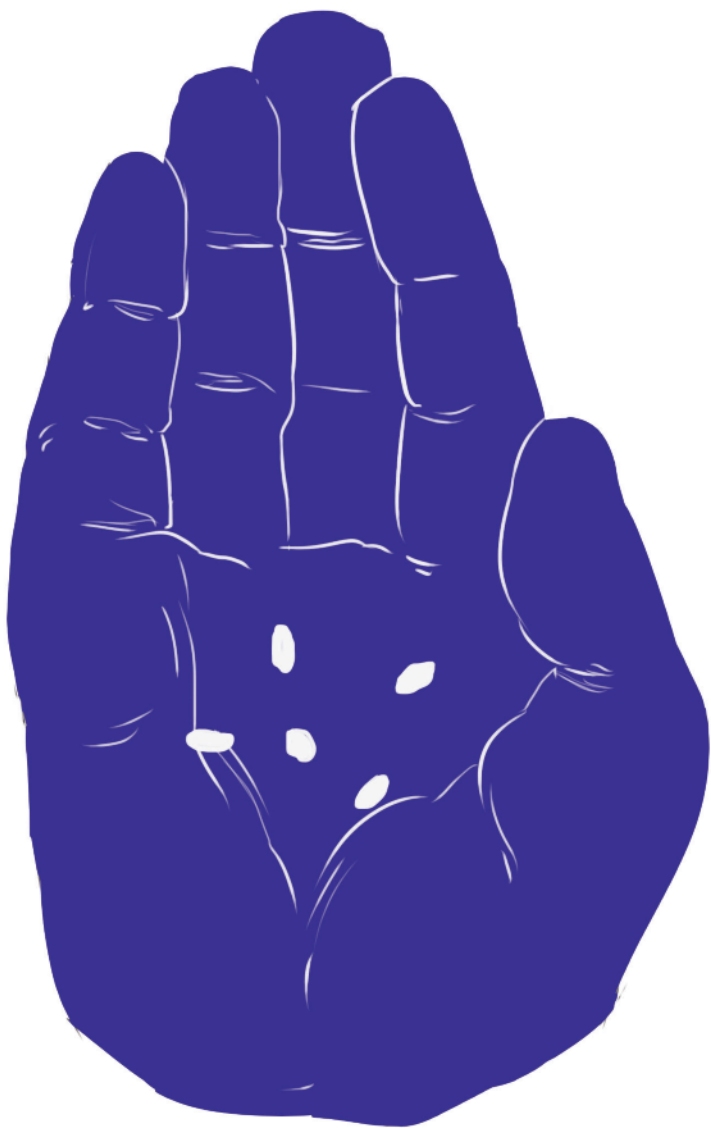
La octogenaria señora que lleva un apellido tradicional para la música clásica lugareña se levantó furiosa de su banco en la misa, se acercó al púlpito de la Iglesia Matriz y le dijo al sacerdote como réplica a su sermón: “¡Estoy harta de la política! ¡Me tienen podrida! Yo vengo acá a escuchar la palabra de Dios”. La crítica figura del joven cura Fernando Lede Mendoza retrocedió ante el incómodo y glacial silencio de la feligresía, mientras la mujer dejaba el templo con la premura que su edad le permitía. El eco de sus pasos en retirada se disolvió como martillazos que retumban en medio de la noche.

Meses después de este episodio la señora volvió a ocupar cada domingo su banco en el templo. El sacerdote Lede Mendoza dejó los hábitos. Y la santa misa nunca cambió de horario.

69. Payana

Cuentan que en sus inicios el juego de la payana se llamó kapichua. Los tobas y wichís lo jugaban con carozos o semillas y era en realidad una excusa lúdica que les servía para aprender a contar. Su época de oro, sin duda, abrevia entre los años 50 hasta los 90, década en que el juego comienza a ser considerado como un anacronismo y entra en extinción.

No es necesario recordar cómo era el juego, aunque ya nadie de aquellos entusiastas vecinos aún lo practique. En la Avenida Colón la tradición oral sostiene que hubo un ser imbatible, previsiblemente llamado el Rey de la Payana. Las fases más difíciles del juego —la del tres y la del cinco— eran su especialidad, a instancia de las gigantescas manos que tenía el Gordo Esprovieri, fletero de oficio, que se había hecho famoso porque los zapateros en Tandil no tenían mercadería para el número 49 que calzaba. Una leyenda nunca desmentida asegura que en 1965, sobre el mostrador de la Carnicería Ochoa —de Colón 1457—, el Gordo Esprovieri hizo la del cinco con igual número de



Mr. Arnold
5/2

chorizos que volaron de la palma al dorso y volvieron a caer mansitos sobre su palma sin que ninguno se le fuera al piso, en medio de la ovación de todos los parroquianos que se habían dado cita para ver tamaño prodigio. Tenía una extraña habilidad si lo comparamos con su desmesurado volumen. Se asegura que el fletero fue campeón de payana de la Avenida Colón, Villa Italia, Villa Laza y el Barrio de Las Ranas durante catorce años, hasta que en una mudanza el piano de una clienta le aplastó la mano derecha, quebrándole tres falanges, lesión que lo retiró de la práctica activa del juego que lo había hecho célebre.

70. Puro ego

Guía turístico a un grupo de turistas en plena recorrida por la manzana 50, frente a la Plaza Independencia: “Y este lugar que ahora está cerrado al público es una casona de estilo colonial, un inmueble histórico de la ciudad que en una de sus últimas versiones el inquilino de turno recicló con el fin de poner un restobar”, ilustra. Para luego dejar picando un dato incómodo pero certero sobre algunos emprendimientos gastronómicos de capitales foráneos que han invertido fortunas en Tandil con previsibles finales sombríos: “A este restobar el empresario, que parece ser que era porteño, lo bautizó ‘Puro Ego’... y claro... con ese nombre no podía durar mucho ¿no?”, desliza el guía y su tono exuda un leve sarcasmo. Los turistas, que en su mayoría provienen de Capital Federal, se miran, carraspean por lo bajo y piden seguir la recorrida hacia la Parroquia del Santísimo Sacramento.

71. Silencio de redonda

El pianista en el Salón Blanco se distrajo por un instante mirando una mujer hermosa. Un silencio de redonda trastabilló del pentagrama, rodó por la partitura y cayó a los pies de la mujer que estaba con su marido en la primera fila del teatro. Ella lo levantó del suelo como si fuera un gorrión maltrecho. Lo acunó en la palma de su mano, le alisó el flequillo y cuando terminó el concierto se lo llevó para su casa. Al día siguiente la prensa tituló que el pianista había tenido una actuación desafortunada. Y en un barrio de la ciudad se escuchó una fuerte discusión marital por el ataque de celos de un esposo incapaz de tolerar la presencia de un silencio de redonda.

72. Ficciones verdaderas

Dos años después de la muerte de René Lavand me siento a la mesa del Bar La Vereda donde habitualmente conversábamos con el ilusionista acerca de las profundidades y los artificios del arte. Hace rato batallo con una novela que no se deja escribir donde René es el personaje y donde a menudo comparto fragmentos del relato con los lectores en Facebook. Pido un café y un pibe joven se acerca. Estaba con su esposa y su hijita en una mesa vecina. El muchacho me recuerda un pasaje donde el narrador rescata a Lavand de una noche de pesadilla cuando en un pueblo de mala muerte le aguarda su grotesco final. En mi ficción el ilusionista es ignorado por unos gauchos brutos en un club de miseria, y lo peor de todo es que un paisano borracho y con más malicia que picardía le descubre el truco de las miguitas de pan. Las tres migas que René hacía aparecer y desaparecer. Y se lo grita en la cara. Lavand, viejo y humillado, sale silbado del escenario. Alguien del fondo le tira con una taba. El narrador lo sube al Audi azul del artista que le suplica con la voz en un hilo: “Salváme de este oprobio, pibe, dame un final con esplendor”.

Ahora en el bar el muchacho me pregunta: “¿Cómo fue la cosa? ¿Vos lo soñaste o estaba escrito que la historia iba a terminar así?”. Entonces me cuenta lo siguiente, algo que ya había escuchado por un amigo en común que fue su discípulo: “La última función de Lavand no ocurrió en Tecnópolis. Sucedió en un pueblo de lástima por acá cerca. Lo contrató el intendente y actuó en un club de los suburbios. Le habían dicho que haría su show para un auditorio de 20 personas y se encontró con cien tipos, la mitad mamados y la otra mitad tan interesados por el ilusionismo como vos por la física cuántica. El resultado fue un bochorno, nadie le dio bola, de los nervios se le vieron los trucos y René salió con el orgullo herido de muerte de ese pueblo fantasma. Al poco tiempo se murió. No entiendo cómo pudiste escribir algo que nunca había pasado y que finalmente sucedió”, me dice el recién llegado. Le digo que yo tampoco lo entiendo. Y que probablemente me cueste tanto llegar a escribir esa novela porque lo menos que deseaba para un genio como él, con su justificada vanidad, era un final como el que realmente pasó.

73. El que espera

Estaban en una mesa del bar, dos sombras recortadas sobre la ventana. Se sabe que no es usual, al menos en las charlas de café, que dos hombres hablen de la musa, es decir de la mujer, del ser amado. El fútbol, la política, el país, suelen ser tópicos menos áridos para la charla masculina. De pronto una de las dos voces se alzó, inquisidora pero sin sarcasmo, cómplice, por entre el bullicio de las conversaciones ajenas y la melancólica cerveza. Preguntó: “¿A vos te parece? ¿Esperar a alguien sin esperanza, sin la remota posibilidad de que algún día la vayas a encontrar en alguna esquina, bajo una incierta lluvia, en la desangelada cola del banco? Esperar como se espera un tranvía o la vejez. ¿Eso vas a hacer? ¿Seguir esperando, como si el mundo no estuviera repleto de gotitas de rocío, de palabras súbitas, de nubecitas no tan espléndidas como decís que es esa fulana pero al alcance de la mano o de la pluma? ¿Aun así la vas a seguir esperando?”. Cuando el otro terminó la perorata, el hombre colgó su mirada del hilo del horizonte y respondió lacónicamente: “Sí”.

74. Pito y cerebro

Sabemos que a cierta edad el ejercicio físico se torna cada vez más arduo. Por lo tanto el devenir del caminante es lento pero firme. La inhibición del trote (por cansancio, cadera enclenque o pulmones sofocados) obliga a resignarse a una retaguardia digna. Además nadie a esta altura cree ni le importa la alusión bíblica de que los últimos serán los primeros. Uno va último y listo. Ahora por delante hay dos treintañeras que caminan a paso vivo hablando en un tono muy sonoro. Una de ellas dice: “El mejor órgano sexual del hombre es el cerebro”. La otra replica con una voz que se va perdiendo en el horizonte: “Es cierto, pero si te toca un pito corto estás sonada igual”. La mañana es tan bella que inevitablemente tiene el rostro de mujer.

75. Despecho

“Yo no soy un personaje y lo que me recordás pasó hace más de cuarenta años”, me dice el personaje en cuestión. Tiene un negocio de fotocopias en el centro de la ciudad y fui a verlo porque estaba por escribir aquella historia para un libro que finalmente deseché. En 1974 un joven estudiante del Cardenal Newman de Buenos Aires le sedujo la novia a otro joven del Colegio San José. En la discoteca Circulares la conquistó. Entonces mi personaje, ciego de rencor, arrancó por 9 de Julio y frente al boliche Bracco descubrió el Fiat 128 color azul del tipo que acababa de robarle la novia. Era el tiempo donde no se acostumbraba a cerrar con llave nada: ni auto, ni casa ni candado de ninguna especie. Abrió la puerta del coche, se bajó el cierre de la bragueta y le orinó todo el tapizado delantero. Ignoraba en ese momento que le estaba orinando el autito al futuro presidente de la Nación.

76. Gagá

La chica veinteañera le preguntó con toda naturalidad dónde quedaba el sex-shop de la Galería de los Puentes. El hombre, como sacudido por una descarga eléctrica, demoró cinco segundos en contestar: “Ehhhh... ahí”, le dijo señalando la galería. La chica entró. El hombre, que había descendido bruscamente al submundo sombrío del irreversible viejochotismo, empezó a cruzar la calle. Un bocinazo destemplado lo sacó de sus cavilaciones —tal vez sobre el pudor, tal vez sobre la juventud perdida— mientras desde el auto un tipo le gritaba a centímetros de atropellarlo: “¡Qué hacés, boludo?! ¡Si estás gagá quedate en el asilo!”. El hombre andaba por los 60 años...

77. Flan

La señora es mayor. Se baja del Toyota Corolla acomodándose el pelo, pidiéndole a su marido que apure el paso. Esquivando los naranjos de la vereda camina hacia la plaza por Yrigoyen. ¿Qué la lleva hasta allí? ¿La patria, el odio, la ilusión, las ganas de cantar el Himno? No lo sabemos, pero cuando va a cruzar por Pinto se frena en seco y mira la vidriera del bar Piaf tapada con papeles. Una bóveda el bar. “Se fundió”, piensa y no ve el cartel que dice *Cerrado por reformas*. “Mirá, viejo, cerró Piaf”, dice la señora y al fondo entre una nube de bruma la Pirámide se vislumbra rodeada de gente. Desde la esquina de Rana Bar surge un pibe y mirando a la mujer le informa que el bar no quebró, que está cerrado por cambio de nombre. “Se llamará ‘Queremos flan’”, le dice el pibe en tono zumbón. Pero la mujer, apurada y el marido más apurado que ella, no agarra la ironía y allá van los dos, a perderse entre la niebla y el frío, cruzando la plaza hacia la Pirámide impávida.

78. Sombrerito uno

El viento le arrancó el sombrerito de cuajo. La mujer corrió tras él pero jamás habría podido alcanzarlo. El muchacho que venía de frente lo embolsó como una pelota contra su pecho. Luego caminó sonriendo hacia la cabeza de pelo rubio y ojos de miel. “Te lo devuelvo pero si llegó hasta mí por algo fue”, le dijo. Todos los dientes de su insurgente juventud asomaron tras el lance con estilo. Se hizo un silencio a dos voces. Ella sin saber qué decir agradeció el gesto. El sombrero se había convertido en un signo de pregunta en su mano. Y la bufanda del muchacho parecía una hamaca que el viento agitaba en el atardecer. Recordé entonces el aforismo de Vicente Huidobro: *Amo la noche, sombrero de todos los días.*

79. Sombrerito dos

“Soy la mujer del sombrerito que el viento le voló”, me posteó por privado una dama completamente desconocida, ratificando que hoy en día todos los vínculos y todas las historias y todas las tramas (o casi todas), circulan por Facebook. Y preguntó: “¿Querés saber cómo terminó la historia?”. Le pedí que no lo hiciera. Cualquier respuesta hubiera malogrado el final del relato.

80. Sodero

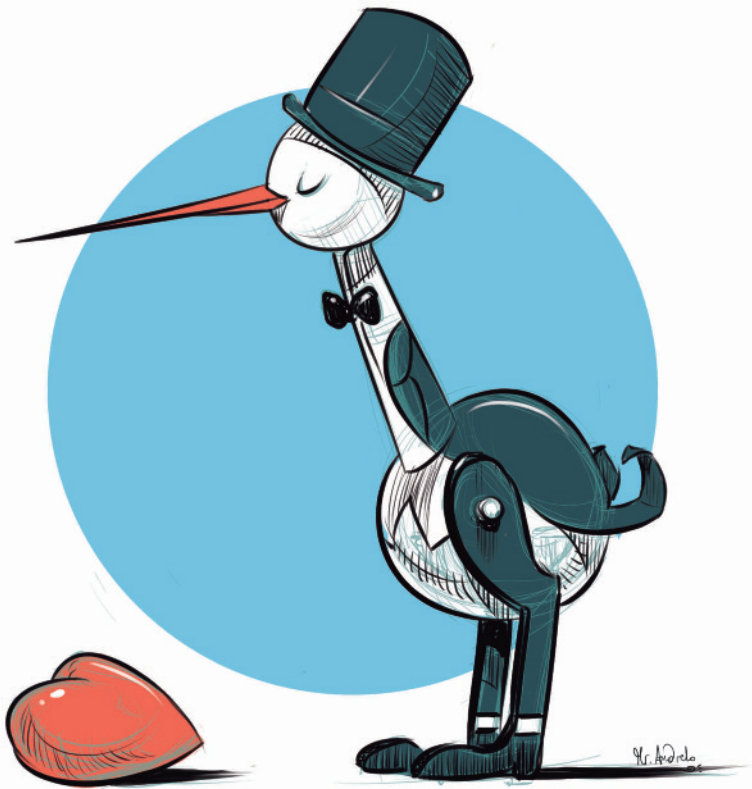
El sodero era un roble de dos metros, un ropero vital de alpagatas, pelo rubio y ojos azules que con paso huracanado entraba a las casas del barrio llevando seis sifones entre sus dedos regordetes como garras, y otros cuatro bajo las axilas. Un día de 1974 ocurrió lo imprevisto, lo que jamás había pasado. En la casa de Amanda, una costurera de Villa Aguirre, al sodero se le cayó un sifón que explotó contra el piso atónito. Fue la prueba irrefutable de que el hombre se había enamorado.

81. Silbido

Escribe Marina Petersen, dueña de la Vinoteca Cosecha Urbana: *“Hace casi un año que abrí mi negocio. Todos los días, desde ese momento, varias veces al día escucho un silbido particular que me desconcierta. Siempre me fue obvio que no era un piropo, durante algún tiempo pensé que era un ringtone de un celular de alguien que pasaba mucho por acá, pero me desconcertaba. Es un silbido demasiado largo, con un tono demasiado marcado, de querer llamar la atención pero a alguien puntual. Hoy, finalmente descubrí qué es: hay un chico de entre 30 y 40 años que vive en el edificio frente al local. Siempre viene por mi vereda, mira para arriba y hacia el otro lado de la calle, chifla. Le está avisando a su perro que está llegando”*. Marina, además de vender vinos, debería dedicarse a escribir.

82. Sabiola Invencible

El dato pintoresco lo cuenta el historiador Daniel Balmaceda. En 1850 no se sacaba a bailar directamente, sino que se le avisaba al “bastonero”, que tomaba nota de los pedidos y organizaba las parejas. Días después de compartir este aporte con los amigos de Facebook me encuentro con un lector en la peluquería. El hombre que roza los 70 años me dice: “Usted no cruzaba la vía, era del centro, por eso no me reconoce”. Según su razonamiento en ese entonces las vías del ferrocarril ubicadas a metros de la Avenida Del Valle eran la frontera que separaba a una ciudad (Tandil) de una República (Villa Italia). Luego mi interlocutor describe sus rasgos de identidad: “Soy Héctor, pero en mis tiempos de gloria los muchachos me decían Sabiola Invencible”. Le pregunto si era delantero cabeceador del Club Ferrocarril Sud. “No, así como me ve fui el más grande artista del cabezazo en los bailables de Unión y Progreso”. Su leyenda marca una estadística impactante: 2559 cabezazos con el 90% de efectividad. “Son números, nada más, pero explican lo que ustedes, los del centro, no podían hacer: prescindir de la palabra para acercarse a una mujer”. En cierto modo, de una manera sociológica un tanto reduccionista, el hombre reescribe un dato de época irrefutable en la cultura del bailongo: de la vía para acá a las mujeres se les llegaba con la palabra; de la vía para allá con el cabezazo.



Sabiola Invencible desglosa con detalle la técnica infernal que poseyó entre las damas a la hora de ejecutar el deseoso lance hacia la pista de baile. “Cabeceaba como un prestidigitador, lentamente, con un movimiento imperceptible y siempre con el volteo hacia la izquierda, hacia el lugar de la pista. Lo más importante no era el cabezazo sino la mirada. Y la actitud. La parada frente al objetivo también. No se olvide que había una cuestión de altura diferente: los tipos estábamos parados y las mujeres sentadas, esperando. Entonces había mucho de teatralidad en el ataque a distancia. Usted no podía cabecear a una mujer como si fuera un hecho normal, un acto como cualquier otro. Ni acercarse como hacían algunos chambones que iban hacia la mujer como si fueran a la parada del colectivo. No. El cabezazo debía reunir tres cuestiones para que funcionara: la postura varonil, la distancia justa entre la mujer y el varón, y la certidumbre de que usted la había elegido a ella por sobre el millón de mujeres que estuvieran en el baile y en el mundo”.

Héctor Sabiola Invencible no tiene reparos en contar su triste final de cabeceador fulminante: “Fue una noche gris en Moreno y Arana. Me jubilé el día que le tiré el cabezazo a una rubia que se partía, pero salió a bailar la madre. Esa noche supe que me había llegado el retiro. Para mi orgullo, ese traspie fue como errar un penal con el arco vacío”.

83. En la Terminal

Dormir en la Terminal de Ómnibus es un signo de haber caído en desgracia. Raúl Bigote Espina no escapó a este infortunio, aunque sí podemos decir que en cierto modo lo buscó. Había fracasado con un negocio de antigüedades y con un leve paso por la política en el partido de Álvaro Alsogaray. Luego alquiló una casa. Debía más de un año de alquiler cuando tuvo la mala idea de robar un auto a la salida de un boliche de la Avenida España. A toda velocidad tomó por Brasil, dejó atrás el cementerio y tal vez ni siquiera reparó en la luna y menos en la belleza del verso que Borges le dedicó a Virgilio: *La amistad silenciosa de la Luna te acompaña*. Luego concretó el colofón inaudito para un tandilense que debiera conocer de memoria las curvas que no perdonan: volcó el automóvil robado en la Curva de la Muerte. Destruyó el coche pero él no sufrió un rasguño. Esa misma noche quedó preso. El propietario de la vivienda que alquilaba le rogó al comisario que le diera 48 horas. Con un juicio de desalojo en cámara lenta, había intentado todas las formas posibles de que Bigote le dejara

la casa sin conseguirlo. Contrarreloj, llamó a un techista para que le levantara el techo de la vivienda. Cuando Espina recuperó la libertad y entró a la casa se encontró con el cielo sobre su cabeza. Su último refugio fue la Terminal de Ómnibus. Durante dos años durmió en un banco de madera hasta que un día no se lo volvió a ver nunca más.

Ese mismo banco lo ocupó un hombre al que se lo puede ver cada invierno cubierto con una manta. Prácticamente no se le conoce el tono de voz. Está sentado con la vista clavada en la playa donde aparcan los micros de larga distancia. La única señal de vida que suele dar ocurre cuando llega un ómnibus de El Rápido. Pareciera ser que una vana ilusión lo sostiene a este mundo. Ha dicho que vive en la Terminal esperando por un amor que se fue y nunca volvió.

84. El hombre salamín

Tropiezo con una cita que contrasta con el petulante artista foráneo que en 2004 expuso su obra en el Museo Municipal de Bellas Artes. En su libro *Desconsideraciones* Abelardo Castillo se pregunta: *¿Qué es, en cambio, un artista? Es un hombre que desciende lúcidamente a su infierno personal, y regresa de allí, y agrega en el universo algo bello para los demás, que es la finalidad de todo comportamiento estético.*

No es el caso, por cierto, del autor de la extravagante obra que se presentó en el MUMBAT. Era un escultor porteño que había sido invitado a exhibir lo que hoy se denomina una instalación. Adentro de una bañera se erguía la escultura de un esqueleto de alambre recubierto con una masa de salamín picado fino. El recordado arquitecto Jorge Álvarez Lunghi, de insaciable apetito y por ello mismo adicto a cuanto vernisagge hubiera sido o no invitado en las tertulias artísticas lugareñas, cometió un hecho sin precedentes. Comerse la escultura de “El hombre salamín”, sar-

cástico título que se le asignó a la obra luego de que trascendiera el suceso aquí narrado. En efecto, mientras el artista de voz engolada por la vanidad hablaba al público durante la inauguración de la instalación, Álvarez Lunghi devoró la mano y el antebrazo de la escultura untándola con pedacitos de pan que había ido retirando de la mesa donde aguardaba el lunch de ocasión. Finalmente, cuando el escultor detectó su obra profanada puso el grito en el cielo, como si hubiera esculpido el David de Miguel Ángel. Su actitud contradijo la cita de Castillo. La curadora de la muestra debió pedir disculpas al público, sin que nadie se las pidiera. Sospecho que muchos de los presentes —en su íntima convicción, dirían los jueces— acordaron que al devorarse la escultura, Álvarez Lunghi había cometido un acto de justicia para con el chanco asesinado a pedido del artista en cuestión.

85. Bulones

Puerta de la sucursal de Carrefour del centro. Morocha pulposa y bien plantada sale cargada de bolsas del supermercado. Arquetipo del Hombre Primitivo al volante de un Audi que desacelera, se acerca al cordón y le dice: “¿Qué comés, mamita, bulones?”. Morocha que lo fulmina con una ironía lapidaria: “Sí, boludo, soy la dueña de Bulonfer”.

86. Las olas y el viento

Habría que escribir una larga saga respecto a las celebridades que se empeñan en permanecer activas durante el otoño de sus carreras, es decir la etapa donde acontece la irremediable caída. Pueblos y ciudades del interior suelen ser ámbitos propicios en los que exhiben este lastimoso deterioro.

La noticia fue que 53 espectadores se retiraron del Bar Golden tras la demora —dos horas— en empezar el show que se había promocionado. Se trató del cantante Donald, quien se hizo presente cuando ya sólo quedaban siete personas en el boliche. Ofuscado, tocó 4 temas y se fue. Cuando llegó a Buenos Aires descubrió que algo le faltaba en el equipaje: el kilo de quesos y salamines que había comprado en un emblemático comercio del rubro. Tal vez más grande haya sido su enojo cuando debió aceptar que tendría que pagar el servicio de un comisionista para reencontrarse con los chacinados olvidados en el hotel.

87. El perro del marrón

La secuencia es así. Basta que el colectivo aparque el micro de la línea 505 (marrón) sobre el refugio de calle Belgrano, en el vértice de la Terminal de Ómnibus, para que aparezca el perro. Un cuzco de mediano porte, si vale como precaria descripción. Antes de abrir la puerta el chofer pregunta a viva voz a los pasajeros: “Señores, ¿alguien se opone a que el perro viaje con nosotros?”.

Tomados por sorpresa nadie lo hace. Entonces el perro sube ágilmente los escalones de la puerta del micro y se instala a los pies del chófer. Luego el hombre pone primera y aclara en tono metafísico: “El perro se baja en la plaza del centro...”. Parece que el bocado es una broma del colectivo pero diez minutos después, cuando el marrón llega a la Plaza Independencia y frena en el refugio que está a pasitos de Rodríguez, el perro se levanta, mueve la cola y desciende del colectivo. Los azorados pasajeros lo observan desaparecer entre los canteros de la plaza en dirección a la fuente. Ante las consultas cada vez más frecuentes, el chofer se ve obligado a reiterar las explicaciones del caso. Alega que por razones que le exceden todos los días, a

media mañana, el perro hace lo mismo. Sube en la Terminal de Ómnibus y se baja en la Plaza Independencia. Otras fuentes acuerdan que el perro ha sido bautizado con el nombre del color del colectivo que elige para sus viajes. Es, literalmente, el perro del marrón.

88. Tandilia

Se cumplen veinte años del episodio tal vez más grueso e hilarante que produjo la Tandilia. Los organizadores, en el frondoso anecdotario que ya atesora la prueba, tal vez deberían considerar un reconocimiento en vida para el personaje en cuestión. No hablo de un homenaje, pues evidentemente no hay merecimientos para ello, pero sí por lo que en la mundanidad pueblerina se considera al hecho que protagonizó como la ya considerada madre de todas las anécdotas ocurridas durante la Tandilia. Había también un contexto muy particular. Eran épocas donde a la prueba más emblemática de los tandilenses se le negaba que pudiera ganarla cualquier corredor del pago chico. Nunca fue fácil semejante logro y menos para un vecino. Por lo tanto, que un atleta local cruzara primero la meta configuraba la categoría de hazaña. Eso hizo, precisamente, “El Amarillo”.

Con ese apodo subió al panteón de la gloria fugaz el inefable personaje que largó la Tandilia como todo el mundo —en la barriada de la Movediza— y durante una distracción

fulminante y perfectamente cronometrada subió al colectivo amarillo (línea 500), se bajó en el Dique y terminó ganando la carrera. Obviamente, al detectarse el fraude lo descalificaron. La alegría resultó efímera pero la anécdota eterna.

89. La invención de Morel

Como si se negara a morir del todo, los últimos escombros de la empresa Río Paraná todavía aspiran a reciclarse en el mundo de los vivos: ahora los coches se ofrecen como “casas para plantar en terreno”. Pasar de las rutas —es decir del movimiento— a la quietud. Río Paraná se fundió, sin embargo lo que todavía queda de la firma se niega a firmar la capitulación en el camposanto de las empresas fenecidas. Un curioso posteo aparecido en el sitio digital Vendo Todo da cuenta de la novedad: un vecino lanzó la oferta que seguramente ya ha tentado a decenas de personas que carecen del techo propio. Guido Barrio ofreció el colectivo para reciclarlo en una vivienda. O sea, como se dice en la jerga: plantar el micro en terreno. De manera un tanto impensada, los vestigios de la empresa de Mario Morel que comenzó con una galera a los mandos de su abuelo, vivió su momento de esplendor con el modelo de micro “Doble Camello” de la mano de Ricardo Morel y terminó con una larga y sufriente agonía hasta que hace meses fue retirada de las rutas, anuncian su reciclaje. Una suerte de obstinado fervor para no desaparecer.

90. Pétalos

El ladrón de pétalos de rosa trepó la verja de esa casa de los suburbios —donde brillaba el Arco Iris— tentado por el fulgor de una rosa amarilla y lánguida. Sacó la tijera del bolsillo y en ese mismo instante escuchó la voz de la mujer: “Si me piensa robar la rosa, córtela de la raíz o no la toque”. Tenía un camisón desteñido más por el ácido de la amargura que por el óxido de los años. “Robo pétalos, nada más”, dijo el ladrón. La mujer se asomó por la ventana y dejó caer sus palabras como latigazos. “Y así estamos por los tipos como usted que aman de a jirones, que se nos van llevando de a retazos lo mejor de nuestras vidas, dejándonos las hilachas de lo que fuimos. Váyase ya mismo de acá”.

91. La ola fecal

El 3 de agosto de 1878 Guy de Maupassant le escribía a Gustave Flaubert: *Sólo comprendo una palabra de la lengua francesa, una palabra que expresa con energía el cambio, la eterna transformación de las mejores cosas y la desilusión; esta palabra es: mierda.*

Ciento cuarenta años después, un 15 de noviembre de 2018, esa palabra se convirtió en una pesadilla para los vecinos. Una nauseabunda ola fecal traída por el viento del sur y surgida de un feet loot ubicado en La Vasconia con instalaciones desprovistas de una mínima higiene, inundó la ciudad. Como al principio reinó el desconcierto frente al pestilente aroma, una escena fue unánime: la de los vecinos consultando las suelas de sus calzados, con la amarga sospecha de haber pisado un sorongo canino. Mierda fue la palabra más dicha en la oralidad del soliloquio, la locuacidad en la vía pública y la catarsis en las redes sociales.

Diez días después un hecho inédito que proyectó a Tandil al ágora de los medios nacionales también estuvo regido

por esta sustancia excrementosa. Durante una protesta del Movimiento 1° de Octubre en la delegación local de la Policía Federal, un obeso suboficial escribiente próximo al retiro recibió cruentos baldazos de mierda mientras intentaba apagar con el chorrito de agua de una manguera de jardín unas gomas que los manifestantes habían prendido fuego. Luego la propalación del carnaval escatológico, por decirlo así, se proyectó a otros policías, quienes resistieron estoicamente los “efluentes cloacales líquidos”, suavizó con el eufemismo un diario local. La imagen, una de las más esperpénticas y bizarras que la historia lugareña recuerde, se coronó con la ducha que los policías se dieron a sí mismos utilizando la doméstica manguera para quitarse la mierda del uniforme. La fellinesca escena era imposible de imaginar cuarenta años atrás cuando en esa misma elegante casona de la calle Maipú la recordada profesora Martha Peuscovich enseñaba los misterios de las matemáticas a sus alumnos particulares.

92. Cuatro estrellas

En 1994 Gianfranco Pagliaro estaba en la confitería del Hotel Libertador esperando la hora de su show en Luz de Luna. Llegó el gerente Casanovas a saludarlo y le mostró Les Oranges, el recoleto ámbito gastronómico del lugar. “Es un hotel cuatro estrellas”, dijo con orgullo el hombre. “Ajá, ¿tiene shows?”, preguntó el Tano. El gerente negó con la cabeza. Pagliaro lo miró severamente y sentenció: “Qué lástima. Cuatro estrellas al pedo”.

93. La derrota de Matías Rueda

Y en sólo cuatro minutos cayó sobre la ciudad una irremediable nube plomiza que trajo la lluvia del desencanto sin excusas, una aplastante resignación que dejó a todo el mundo sin palabras. Y por un rato el nocaut ocurrido en el MGM Garden Arena de Las Vegas fue unánime y fulminante, y todos los televisores quedaron congelados en una mueca vacía, atontados por la nada en que se había convertido todo. Hasta que uno de los hombres más viejos del pueblo se levantó de la mesa, apagó el aparato y enunció a tono con el súbito bostezo, como si al hablarse a sí mismo lo hiciera también para las ciento cuarenta mil almas: “Bueno, a dormir”.



94. Sube

Ella esperaba el colectivo bajo las primeras sombras de la noche. Pasó un Vento, el gordo de lentes oscuros bajó el vidrio y la invitó a acercarla. Molesta, lo insultó para sus adentros. Al rato hizo lo mismo un tipo que venía arriba de una moto Honda. Volvió a maldecir ya no sólo lo primitivo del levante motorizado, sino el insulto a su propia autonomía: sus piernas o el colectivo la llevaban donde quería. De golpe un flaco de a pie y zapatillas llegó caminado hasta la parada. “Me quedé sin saldo en la SUBE... si me pagás el viaje te cuento un cuento”, le dijo y por la sonrisa entreabierta aparecieron todos los blanquísimos dientes de su intacta juventud. Se dejó llevar por la sorpresa. Subieron al micro, el pibe le contó la historia y le agradeció el viaje. Ella bajó unas cuerdas después y apenas sus sandalias bajas tocaron la vereda musitó: “Qué lindo”.

95. Ederlina y la empanada

Una noche de los 70 el Tío Caliyuri —que siempre andaba de saco gris y aristocrático bigote en el Bar Ideal— reprendió de forma intempestiva y poco educada a la cocinera Ederlina. Estaba enojado por la cocción defectuosa de una empanada de carne. Caliyuri tuvo un arranque de brutalidad típico de su itálico carácter. “Oiga, Ederlina, ¿usted cuando se limpia el culo le queda como esta empanada?”, le reprochó. No alcanzó a terminar la frase que se encontró volando por los aires. El mozo Mario Díaz, harto de los exabruptos del patrón, lo había volteado de una severa trompada que Caliyuri, cuando se despertó, tomó con filosofía pedagógica para curarse en salud.

96. Juguetes

Ese niño siempre miraba —a los 9 años— una pista Scalextric que lo enloquecía en la vidriera de la juguetería Aladino de la Galería 9 de Julio. Pero sus padres no podían comprarla. Era muy cara. Entonces el niño hizo algo inédito para su vida: construyó la pista con su propia mente, le inventó dos autitos a control remoto de su más secreta invención, y a partir de ahí bien podríamos decir que ningún juguete es inalcanzable, que un adulto es lo que jugó de niño y cómo lo jugó, y que todo juguete avizora la providencia de un buen presagio, una proyección intangible, la forma con que uno y los otros van a vivir la vida.

97. Pirado

Y un día vas caminando por la calle y ves a un tipo al que cruzabas de vez en cuando, pero ahora lo ves hablando solo, monologando con un semáforo, los ojos como el dos de oro. Y adentro en la peluquería del barrio escuchás que el peluquero dice a sus clientes: “Pobre, se piró”. Y uno no sabe en qué momento ese hombre pasó el umbral. Pero la atmósfera alcanza una densidad indescriptible cuando el fulano gira sobre sí mismo y entra a la peluquería. Abre la puerta y le impone a nuestro sorprendido peluquero: “A navaja o a tijera córteme la cabellera”. Y remata: “La vida me raspa, disculpe la caspa”. Y así no deja de rimar sus frases al estilo del personaje de Soriano en la novela *Una sombra ya pronto serás* que andaba bañando paisanos en el campo con una manguera y llevaba un cartel que decía “*Barrante, la ducha al instante*”.

98. Ilusiones

Ahora que sólo queda la cáscara vacía del Banco Comercial recuerdo a don José Conte parado en la entrada. Su corbata enarbolada, serio, circunspecto como una estatua. No le conocí otro trabajo que no fuera el de vender billetes de lotería. Acaso había nacido para eso. Alguien que cuenta con la probabilidad de tener el número de la fortuna en la mano —que es una hipótesis de felicidad súbita en la vida de mucha gente—, no puede ser mirado como una parte más del paisaje. No es lo mismo ir por la calle con un talonario de multas, una caja de inyecciones o un billete de lotería. La cuestión es no confundirse. El vendedor de rifas es, como cualquier artista, un vendedor de ilusiones. Todavía se recuerda la mañana en que don José estaba vendiendo sus billetes en la puerta del banco cuando llegó un tipo y le manguéo dinero. Conte lo miró a los ojos y le dijo muy seriamente: “Lo siento, tenemos un acuerdo con el Comercial: el banco no vende billetes de lotería y yo no doy créditos”.

99. Final de Copa

Tal vez un final borgeano sería un partido que nunca se pudo jugar, o que en el fondo ya nadie quiso jugar. Ninguno tendría que lamentar ni la derrota ni la victoria, ni el dolor ni el goce; es más: hasta los hinchas de Boca y River podrían imaginar que ganaron esa final y cada cual festejaría ese título imposible del modo que quisiera. Así, la historia no la escribirían ni los jugadores, ni la Conmebol, ni los clubes ni los sponsors, sino cada hincha en su propio y caprichoso relato.

Si esta final de la Copa Libertadores, por todo lo que comporta, se ha convertido en un imposible (suspensión bajo el agua en la Bombonera, dos suspensiones en el Monumental), entonces lo mejor sería que lo fuera. Que nunca ocurra. Que tan cinematográfica final, tan inédita y mágica ceremonia entre las dos más grandes pasiones futboleras en pugna, tenga el mismo destino que le asignó Borges a nuestra derrumbada Piedra Movediza: supuso que era de una belleza tan misteriosa que no la merecíamos. (*Fragmento escrito al momento de que este libro entrara a la imprenta con el final abierto de la historia*).

100. Ocasos

Lo que no entienden quienes viven en las grandes ciudades es que uno —en los pueblos— contempla el devenir de la existencia en el otro. Ese río que fluye incesante. Uno lo ve de niño, cuando jugaba con nosotros, lo ve estirarse poseído del fulgor sublevado de la juventud. Y lo sigue viendo con los años: amesetado, levemente encanecido, encorvándose después de cada invierno. Y eso que uno ve, el otro también lo está registrando de uno. Ese devenir inexorable de la biología dura un suspiro, un parpadeo, tal como después de los cincuenta sentimos que es la vida. Lo más terrible es que de jóvenes no había por qué detenerse en el tiempo del apogeo de uno y de los otros, en esa vitalidad rotunda, como ahora sí, melancólicamente, solemos contemplar la borrasca del ocaso.



El Hage, Elías
Historias al paso : 100 relatos breves de la aldea global / Elías El Hage ;
ilustrado por Andrés Llanezas. - 1a ed ilustrada. - Tandil : Independencia Editora, 2018.
160 p. : il. ; 20 x 15 cm.

ISBN 978-987-47067-0-6

1. Microficción. I. Llanezas, Andrés, ilus. II. Título.
CDD A863

© ELIAS EL HAGE

Primera edición: Diciembre 2018

Arte de tapa e ilustraciones: Andrés Llanezas

Libro de Edición Argentina.

Tirada de esta edición: 500 ejemplares.

ISBN 978-987-47067-0-6

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.
No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por
cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

 **INDEPENDENCIA**
EDITORA

CTP / Maquetación / Impresión / Encuadernación:

 **Independencia**
Gráfica & Editora

Circunvalación Norte, Parc. 12. Parque Industrial
7000 Tandil, Bs. As. Argentina
Tel. 0249 - 4450060
bossiogye@speedy.com.ar

Independencia Gráfica & Editora

es una empresa de Tandil que cuenta con una trayectoria de más de 40 años brindando soluciones gráficas a lo largo y ancho del país.



Independencia Editora

acompaña a autores independientes e instituciones, siendo este libro el lanzamiento editorial del sello.



**CADA HISTORIA TIENE UN DESTINO
POR CUMPLIR Y MERECE SER
CONTADA. QUE LA ELEGANCIA DE LA
BREVEDAD NOS ACOMPAÑE EN EL
DERROTERO, ASÍ COMO LA INSOMNE
LUNA VA DE LA MANO DE CADA UNO DE
NOSOTROS.**



ISBN 978-987-47067-0-6



9 789874 706706

INDEPENDENCIA
EDITORA